

La Ilustración Artística



AÑO XII

BARCELONA 31 DE JULIO DE 1893

NÚM. 605

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DESPUÉS DEL BAILE

copia del cuadro del pintor polaco Holewinski

SUMARIO

Texto. — «La loca de la casa», drama de D. Benito Pérez Galdós, por J. Yxart. — *Los edificios de la Exposición universal de Chicago*, por M. A. — *Recuerdos del centenario rojo*, Luis XVII. VIII. *El tránsito*. IX. *Post mortem*, por Emilia Pardo Bazán. — *Miscelánea*. — *Nuestros grabados*. — *Anie* (continuación), novela por Héctor Malot. — SECCIÓN CIENTÍFICA: Varios. — Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. — *Después del baile*, cuadro de Holewinski. — *Los edificios de la Exposición de Chicago*, seis grabados. — *¿Qué me querrá?*, cuadro de E. de Blaas. — *Facsimile de un cartel que los ciudadanos franceses fijaron al exterior de sus casas y un guardia nacional francés en 1793*. — *Emigrantes dirigiéndose al embarcadero*, cuadro de Luis de Engelen. — *Boya eléctrica en el puerto de Nueva York*. — *Nuevo zoo-cauterio de M. Brenot*. — *Triciclo acuático y terrestre*. — *Las Santas Mujeres*, bajo relieve de Rafael Belliazzi.

LA LOCA DE LA CASA

DRAMA DE D. BENITO PÉREZ GALDÓS

Empezaré por contar en breves palabras el argumento. Después de todo, aunque muy usado, este es el medio más seguro para obtener la mayor claridad



MARÍA GUERRERO en el papel de Victoria en *La loca de la casa*

en las revistas dramáticas. La experiencia no me enseñó hasta ahora otro mejor.

El argumento de *La loca de la casa*, por lo que se refiere á los simples hechos, cabe en pocas líneas. La escena, en Cataluña y en una casa-torre de los Moncadas. Moncada es un comerciante, hasta entonces riquísimo y poderoso, que al empezar la acción está arruinado. De aquí la angustia y trastorno consiguiente en la familia y entre los amigos. La familia del banquero se compone de una hermana solterona y beata y de dos hijas: Gabriela, que va á casar con el hijo de la marquesa de Malavella, y Victoria, ausente, novicia del Socorro. Los amigos son dicha marquesa, con sus dos hijos Jaime y Daniel, y algún otro personaje secundario. Indicada en las primeras escenas la situación de Moncada, sale otro personaje: José Cruz. Ese Cruz es un hijo de un antiguo criado de la casa. Se fué á América de simple jornalero y vuelve hecho un Crespo, un potentado, aunque tan bruto y tan cerril como siempre. Pero á fuer de advenedizo, ha concebido la idea de todos ellos, llámense Napoleón ó Pepe Cruz: la de entroncar con sus antiguos amos. Prendado de Gabriela, aspira á hacerla suya. Una conjuración de la tía solterona y del segundo de la casa favorece este proyecto, que salvaría de la deshonra á Moncada con la fortuna de Cruz. Pero Gabriela no tiene alma para tamaño sacrificio. Quien ha de consumarlo es Victoria. ¡Victoria, vuelta del convento por unos días, enterada del tremendo conflicto, concibe el aventurado designio de sustituir á su hermana, y ofrecerse en holocausto al monstruo, redentor de la familia! Cruz acepta de buen grado y se realiza la boda. Una vez realizada, se empeña la lucha entre los dos caracteres opuestos de Cruz y Victoria, y en la batalla queda derrotado Cruz, vencido por el amor paternal, por la tierna esperanza de ser padre. En este punto termina el drama.

Del cual no dan idea estos simples hechos. El verdadero drama trasciende y va más allá de los mismos; el verdadero drama se encuentra sólo en dos caracteres: Cruz y Victoria. Todo está en ellos, todo absolutamente. Basta observar dos cosas. Pérez Galdós ha colocado la acción en Cataluña y entre catalanes. Púes bien: representada la obra en Barcelona, ningún espectador, que yo sepa, echó de menos la carencia de colorido local. Se prescindió en absoluto de esta parte. Moncadas y Malavellas lo mismo pueden ser catalanes que de otra región de España, pero nadie se fijó en que abortara el designio del autor. Todos teníamos los ojos en Cruz, y no tampoco por catalán, que tampoco lo es del todo, sino por ser él quien es. Por otra parte, ni la misma quiebra de Moncada ni el episodio basado en un antiguo crédito de la marquesa interesan realmente, si no es con relación á la recia batalla espiritual de Cruz y Victoria. Lo repito: el drama está exclusivamente en ellos. Hay que ver, pues, antes que todo, quién es Victoria y quién es Cruz. Conocidos estos personajes, la obra adquiere toda su potencia y su altura: la contienda en que se empeñarán, aparece de pronto como guerra de gigantes.

Cruz es, en primer lugar, el hombre de tosca y humilde cuna que se elevó por su solo esfuerzo. Cruz es *pueblo*; menos que *pueblo*, es *plebe* que se ha enriquecido. Con esto, Cruz es además una voluntad, una voluntad enérgica, vigorosa, indomable, en cuerpo hercúleo y robusto; es una fuerza, una fuerza natural: la naturaleza misma. Armado, como dice él mismo, «de sus brazos forzudos, de su voluntad poderosa, de su corta inteligencia,» arrancó á las entrañas de la tierra, allá en California, el oro y la plata, esto es, el poder social. Avaro, codicioso, con la ciega y desapoderada pasión de poseer, — como todos los que se han enriquecido por sí mismos, — aquella ruda voluntad y aquella su fuerza natural se convierten en el mismo espíritu de la propiedad y de la posesión. Cruz, que es el hombre primitivo por su rudeza, es el fundador de civilizaciones por su amor á la propiedad. Y este amor reviste todas las formas del egoísmo brutal. El mismo lo dice también: «hállome amasado con la sangre del egoísmo, de aquel egoísmo que echó los cimientos de la riqueza y la civilización.» Cruz es un spenceriano: desconoce... es más... aborrece la compasión. Uno de los artículos de su ley es no dar nada gratuitamente: «El que no puede ó no sabe ganarlo, que se muera y deje el puesto á quien sepa trabajar. No debe evitarse la muerte del que no puede vivir.» ¡La compasión! La compasión es la lepra de las sociedades caducas, y trae consigo la mendicidad, la vagancia, el incumplimiento de las leyes, el perdón de los criminales, la elevación de los tontos, el esperar todo de las recomendaciones. Con esto, Cruz ni tiene religión ni de donde le venga. No cree en otra virtud que el trabajo, ni en otros milagros que los de la constancia en el mismo. Su única honradez, cumplir lo pactado; mirar su palabra como un Evangelio. Tal es el hombre apareciendo en la casa de Moncada en quiebra, como un nuevo ser en medio de nuestra sociedad caduca, en quiebra también: ¡por un lado, un primitivo, en fuerza de su barbarie y crudeza de palabras! por otro lado, un tipo novísimo de una civilización avanzada, en fuerza de representar la apoteosis de la voluntad individual y del trabajo moderno, armado para la lucha con el mayor poder de selección: ¡la fuerza sin la caridad!

Veamos ahora á Victoria. Victoria es el polo opuesto, la antítesis y el contraste con Cruz, en todo y por todo. Victoria es la nata y la flor de esa civilización refinadísima y ya caduca, que viene á derribar y á vigorizar Cruz con su barbarie. Victoria, joven, bella, de educación esmeradísima, dispuesta á consagrarse á Dios, al amor espiritual y divino, á la caridad, al amor humano, divino todavía, pues no se comprende sino por amor á Dios en la criatura; Victoria es todo lo opuesto á Cruz: es el alma, enfrente de la fuerza ciega; es el espíritu, ante la naturaleza; es la educación, la instrucción, la elevación intelectual de siglos enteros de trabajo, refinando la especie hasta la mayor espiritualidad, enfrente de la aspeza bárbara del hombre que empieza á vivir; es la abdicación de sí propio, en contraste con el egoísmo; es la compasión, la caridad ardiente, universal, abrazándolo todo, vivificándolo todo, sosteniéndolo todo, enfrente de la fuerza brutal que intenta expurgar, seleccionar, arrasar por alcanzar la perfección. Es la doctrina de Cristo, opuesta á la doctrina de los modernos filósofos darwinistas y evolucionistas.

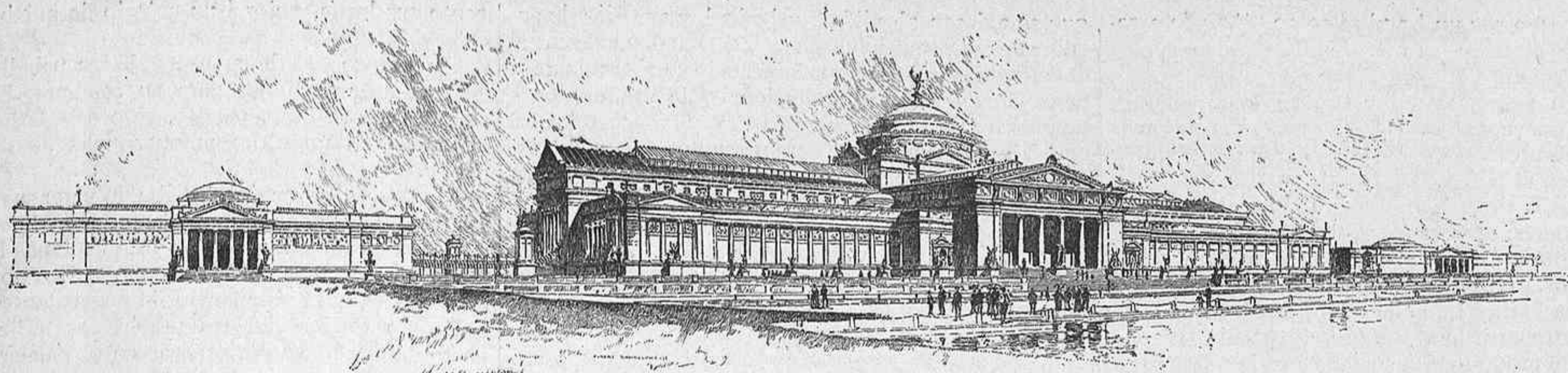
Pero entre Cruz y Victoria, tan opuestos en todo, hay un lazo de unión, un parentesco y semejanza. Si Cruz es fuerte y obstinado, Victoria también lo es. Si Cruz tiene los músculos de acero, Victoria tiene de acero los grandes resortes del alma. ¡Una voluntad

indomable, frente á frente de otra voluntad más indomable todavía! Y además de esto, una imaginación ardentísima, que se inflama y se apasiona por todo lo extraordinario y arriesgado, por todo lo excepcional y sublime, como es para Victoria salvar á su padre con el sacrificio de su cuerpo, entregado á un hombre zafio y cerril, y domesticar, vencer, salvar á ese mismo hombre, trayéndole al espiritualismo y á la vida. ¡El drama así planteado, en lo que tiene de concreto, es bello é interesantísimo; en lo que tiene de simbólico, de representativo de ideas, es más interesante todavía, es grandioso; tiene inmensurables proporciones, y sin dejar de ser muy teatral, muy interesante y claro para el que se atenga á su armazón exterior, crece y se agiganta en la imaginación, y se halla muy por encima, pero muy por encima de cuanto nos dió el teatro español moderno, hasta ahora.

Pero este combate colosal y dramático de Cruz y Victoria como personajes y de Cruz y Victoria como ideas, tan admirablemente planteado en la exposición, ¿qué forma, qué desarrollo, qué desenlace tiene? En otros términos: planteado el drama, ¿el drama resulta? Esta es toda la cuestión que suscita *La loca de la casa*. Y esta cuestión está resuelta en pocas palabras. El drama resulta mientras dura su planteamiento, mientras se prepara la batalla; pero el drama se achica, se empequeñece y cae, en cuanto se trata ya de construir sobre aquel plano, en cuanto empieza ya aquella batalla. Los dos actos primeros son hermosos, son magistrales; los dos actos últimos son muy inferiores, una verdadera equivocación. En los dos actos primeros el pensamiento se nos aparece luminoso, grande y trascendental, y en cierto modo poético, tal como hemos intentado presentarlo. En los dos actos últimos, aquel pensamiento pierde sus proporciones, se atenúa, se desvanece; es más: queda contradicho en varios pasajes, hasta el punto de suscitar la sospecha de que hemos visto en la exposición más de lo que contiene.

Tres pasajes hay en la primera y excelente parte de la obra, que son de un efecto dramático poderoso. El primero, la presentación de Cruz. Es una escena preciosa aquella en que Cruz, rodeado de la familia de los Moncadas y de los Malavellas, recuerda cándidamente su humilde pasado de bestia de carga, y expone, no sin altivez y con ruda franqueza, su presente de hombre poderoso y bravío, su credo de energía y fuerza, opuesto al de los enclenques *señoritos de carrera* y á los aristócratas tronados y famélicos. Esta exposición atrae: las rudas y hermosas frases de Cruz sacuden los nervios y aceleran el curso de la sangre con un placer algo más vivo que el de la muelle y ripiosa rima ó los párrafos acicalados ó sonoros. Lo propio puede decirse del carácter de Cruz: interesa y se impone. El espectador más distraído siente que se halla ante una nueva especie de hombres, dispuesta á renovar, á transformar, á destruir ó regenerar hasta el fondo una civilización que se acaba, la cual no entiende aún á Cruz, y se espanta y protesta por boca de aquellas solteronas místicas, de aquellas rancias marquesas con sus créditos antiguos, de aquellos hombres de carrera, *cerebrales* y cavilosos, llenos de teorías, pero extenuados de cuerpo. El cuadro es bello y admirablemente trazado.

Otro le aventaja, en mi sentir, y sin duda en el sentir de la mayoría de los espectadores: la aparición de Victoria: ¡una verdadera aparición en el sentido castizo y propio de la palabra! Allá al final del último acto, cuando Gabriela ya rechazó indignada la velluda manaza de Cruz; cuando con esto abortó la conjuración familiar, mejor intencionada que bien conducida; cuando el mismo Cruz, herido en su amor propio, ruge y aulla y clama por la fatal ruina de la casa, y el infeliz Moncada dobla por fin la cerviz al peso de su desventura, aplastado en el sillón de su bufete á la vista del espectador..., entonces... entonces se destaca de aquel fondo sombrío una visión risueña, luminosa, ideal. Es Victoria, la novicia del Socorro, con su hábito de inmaculada blancura y su blanca toca que en cuadro el candoroso rostro. Resalta del fondo y avanza, apacible, silenciosa, de puntillas, cándida y sonriendo como una colegiala. Lleva una palma de Ramos, una palma de triunfo en la mano; en la cintura, el rosario y la cruz. Se acerca á su padre, le arranca de su pesadilla abrumadora. «¿No me esperabas?... Mira lo que te traigo... ¡Para mañana, domingo de Ramos!...» Y á la vista de su hija y del palmito, el desdichado rompe á llorar y besa las manos de su hija. Por su imaginación ha cruzado como un relámpago una idea dulce y amarga á un tiempo, graciosa é irónica á la vez. En su aflicción suprema, ¿qué significa la llegada de su hija con una palma de triunfo? ¿Es símbolo de inesperado cambio en su malaventura? ¿Es contraste irónico, como tantos ofrece la vida en los grandes trances? Esto puede decir el viejo Moncada con su llanto. Pero el espectador ve más: ve aquella



EXPOSICIÓN DE CHICAGO. - Palacio de Bellas Artes

misma coincidencia, aquel mismo contraste y algo más. No aparece la monja en vano. Ella será la domadora de Cruz; ella será la caridad y el amor, opuestos á la fuerza y á la brutalidad. Y el aplauso estalla ante aquel grupo, ante aquel toque ideal, aquella nota suavísima y cándida: ¡la silueta de una mujer de nivea blancura con la cimbreante palma en la mano! ¡Hay pocos finales de acto tan bellos, tan conmovedores, tan sintéticos y comprensivos de ideas, como aquel final!

Pero ya enterada de lo ocurrido, ya concedora del carácter de Cruz, le asalta á Victoria, la loca de la casa, la idea del sacrificio; estremece todo su ser «la chispa de las resoluciones supremas.» Ella será quien salve á su padre, casándose con Cruz; ella será quien dome á éste. ¡Cómo aparece la idea, cómo hurga, cómo labra, cómo se apodera de la voluntad, cómo por fin se realiza abordando de frente y cuerpo á cuerpo la cuestión con Cruz: esto es lo que se desarrolla en una serie de escenas admirables del acto segundo, rematadas por aquel precioso diálogo de Victoria y Cruz, el primer combate, donde

se siente ya, con la fiera oposición de dos voluntades poderosas, la atracción secreta que han de sentir mutuamente aquellos dos seres. ¡Rica labor de psicólogo, que acaso ya no interesa tanto al espectador vulgar, y que la crítica necia y noticieril ni comprende ni siente, vengándose de su ignorancia con atribuir á pedantería el placer sincerísimo y vivo de los más atentos! No obstante, cuando esta labor adque-

re más relieve dramático, y vuelve á palpar - como he dicho - la lucha de aquellos dos caracteres, el público siente de nuevo el poderoso interés de todo el problema planteado.

Por desgracia, aquí acaba este interés, aquí acaba este problema: la lucha entre Victoria y Cruz, la fuerza y el espíritu, la brutalidad de un positivismo enér-

de los cuales todos tienen igual derecho á la existencia: porque la humanidad ya no puede volver á ser como Victoria, la mística y tierna doncella clorótica, ardiendo únicamente en amor por los humildes y los enfermos, ni puede ser como Cruz, hirsuto y despiadado gorila, sin otra cualidad que la fuerza ni más virtud que el trabajo. Soñaba, repito, con una reconciliación, una fusión, una compenetración conyugal - *duo in carne una* - de la caridad y la virilidad, del trabajo moderno y del misticismo antiguo; lo soñaba todo, todo... menos aquellos dos últimos actos.

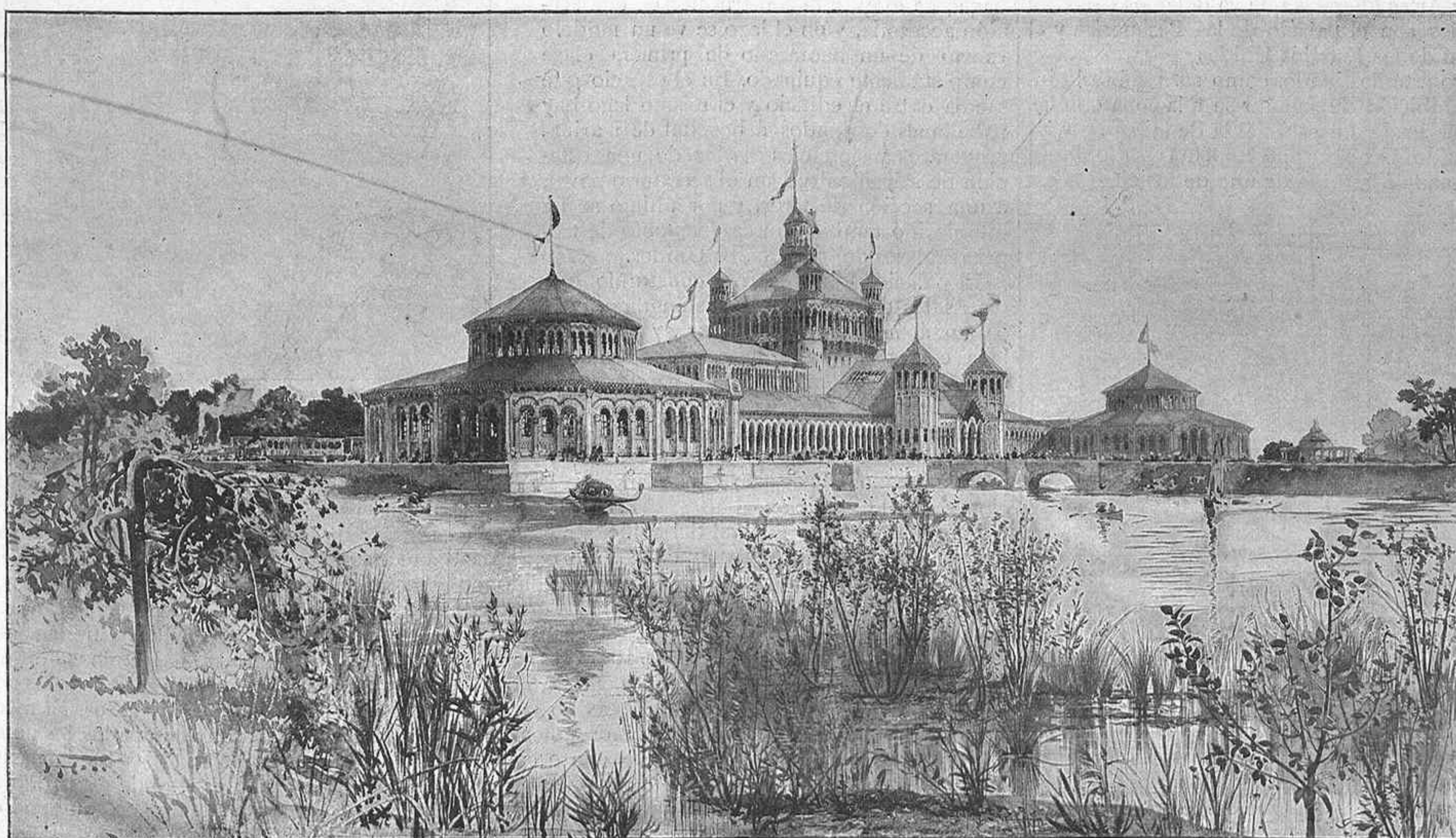
He insinuado que todo en ellos se desvía y empequeñece: es la verdad. La enérgica voluntad de ambos protagonistas se trueca en testarudez de esposos mal avenidos; su mutuo propósito de atraerse y amarse, en alevoso designio de dominarse y ser molestos. La comprensible ansia de posesión de Cruz toma las formas de la mezquina avaricia, de la codicia al céntimo. En cuanto aquellos dos héroes se casan, quedan reducidos á las proporciones de dos burgueses ordinarios. Cruz, sobre todo, nos

da tales chascos, que acabamos por desconocerle por completo. Le creímos primero ingente y hermosa representación del hombre nuevo, del hombre del trabajo, del obrero que entra por fin en el escenario del mundo y mira de alto abajo á los hombrecillos de carrera, á la aristocracia podrida. Y luego resulta que, por codicia y sólo por codicia, deja que se le encare uno de aquellos hombrecillos y le grite en



EXPOSICIÓN DE CHICAGO. - Palacio del Gobierno de los Estados Unidos

gico y la mansedumbre de un amor ardiente. Yo no sé imaginar en qué forma concreta y teatral había de continuar la batalla, ni qué pensamiento debía inferirse de ella. No sé si era bien que triunfase Cruz ó que venciese Victoria. Soñaba, sí, vagamente, con una reconciliación, una síntesis; porque la verdad es que á estas alturas, sólo amplias, grandes, generosas síntesis caben ya tratándose de tan hondos principios,



EXPOSICIÓN DE CHICAGO. - Palacio de las Pesquerías

sus barbas: «¡yo soy un hombre como tú!» y le arroja á la cara el talón de una deuda. Desconocemos á Cruz: le teníamos por codicioso en grande, no por avariento en pequeño; sobre todo, no le teníamos por vil ni por cobarde. En otro episodio nos causa mayor sorpresa. Imaginábamos que era el hombre nuevo en el modo de poseer, manejar y sentir, si cabe decirlo, la riqueza material; no pensábamos que fuera el burgués, el burgués explotador que se queda atrás entre nuestra civilización, por pequeñez de miras. Esto creímos, y con asombro, por lo inesperado, vemos que Victoria le dice que ella quiere meter mano en su gaveta para repartir lo atesorado, «¡para nivelar, para nivelar!» De modo que la socialista es la religiosa, es la monjita. Y nuestro interés, nuestra curiosidad por toda idea moderna, se vuelve de pronto de Cruz á Victoria: ¡hétenos despistados! ¡Por último, por último... desencanto y sorpresa mayores! Hemos creído que al autor, como á nosotros, Cruz le era simpático, extremadamente simpático; hemos creído que le imaginaba, si no todo el bien social, por lo menos una parte del bien social: el trabajo y la autonomía de la voluntad. ¡Pues no! La obra termina con esta frase de Victoria: «¡Tú eres el mal! Pero ¿qué haríamos los buenos si no tuviéramos por fin el domeñarte?» Esta declaración, aun viniendo de Victoria, trastorna todas mis ideas concebidas. Esta victoria completa de la religiosa, de la espiritualidad, no me satisface; me destruye la obra. Me parece... ¡lo diré!., me parece una concesión al público vulgar, ya que la idea no tiene, no puede tener perfecta congruencia con el resto del drama ni con las ideas del autor.

Y aquí termino. ¿Me es necesario resumir? No. Creo que, á despecho de mi inhabilidad, se habrá visto perfectamente lo que he dicho: que el drama se alza cien codos por encima de lo que se escribe y piensa en España. Pérez Galdós conserva su alta primacía de ser el más profundo pensador de todos los escritores contemporáneos españoles y muestra en los dos primeros actos un arte de maestro delicadísimo. Pero al lado de esto, ó las exigencias del público, ó la dificultad de hallar una forma dramática á la segunda parte de la obra, dejan ésta interrumpida y como pendiente y sin acabar. *La loca de la casa* no es como *Realidad*, obra completa, obra extraordinaria.

J. YXART

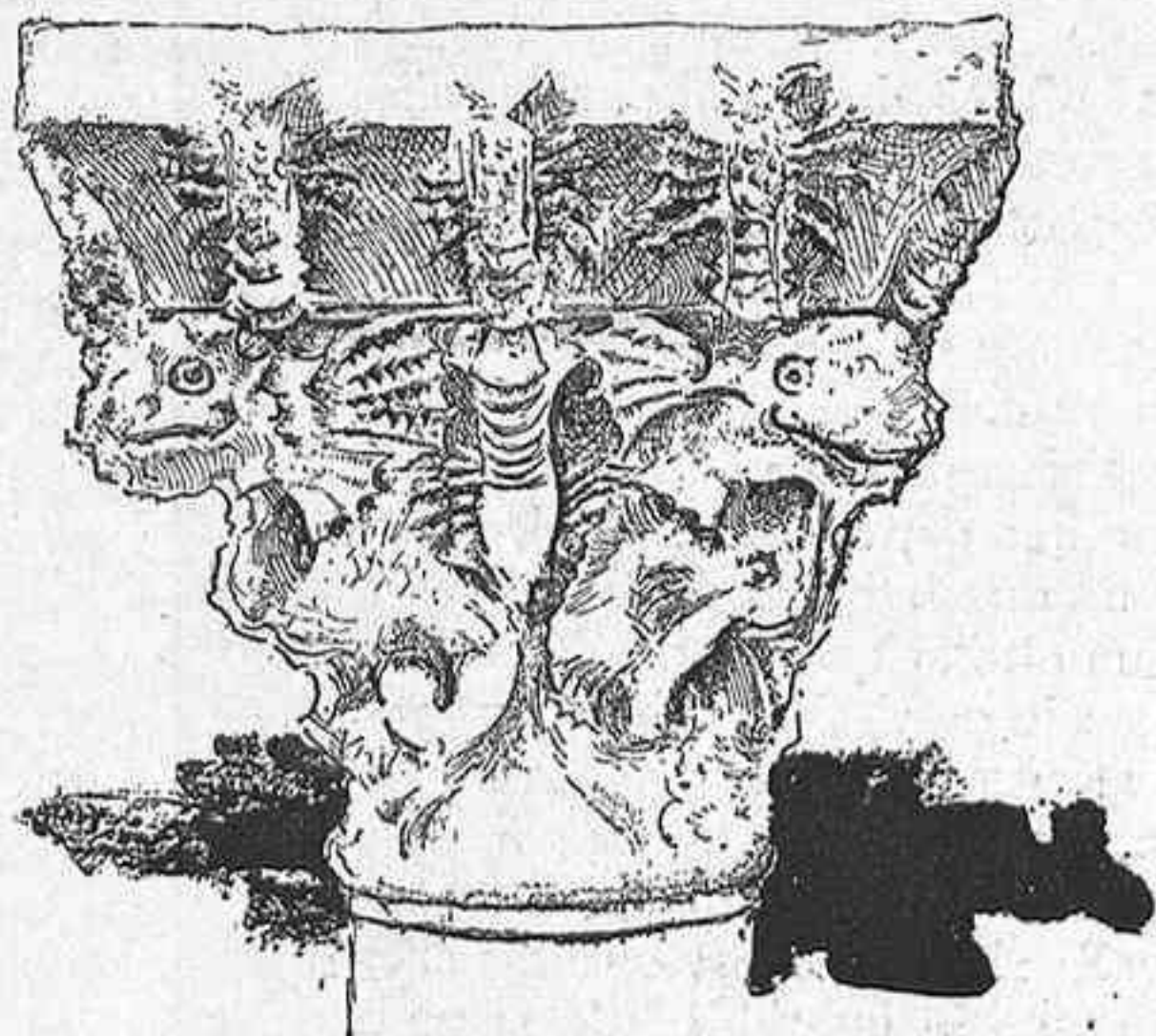
LOS EDIFICIOS

DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO

V

Al encaminarse desde la parte Sur del recinto de la Exposición á la que enlaza la del Norte y del centro y en el sitio en que la laguna interior se pone en comunicación por medio de caprichosos canales con el lago Michigan, hay otros dos edificios situados en la prolongación del eje principal del palacio de Manufacturas y Artes liberales que ya dejamos descrito: estos edificios son el palacio de las Pesquerías y el del Gobierno de los Estados Unidos.

El primero está destinado, como su nombre lo indica, á la exhibición de cuanto se relaciona con las industrias marinas y en especial la de la pesca, y ha sido construido por el arquitecto H. Ives Cobb, de Chicago. Situado á la orilla de uno de los citados ca-

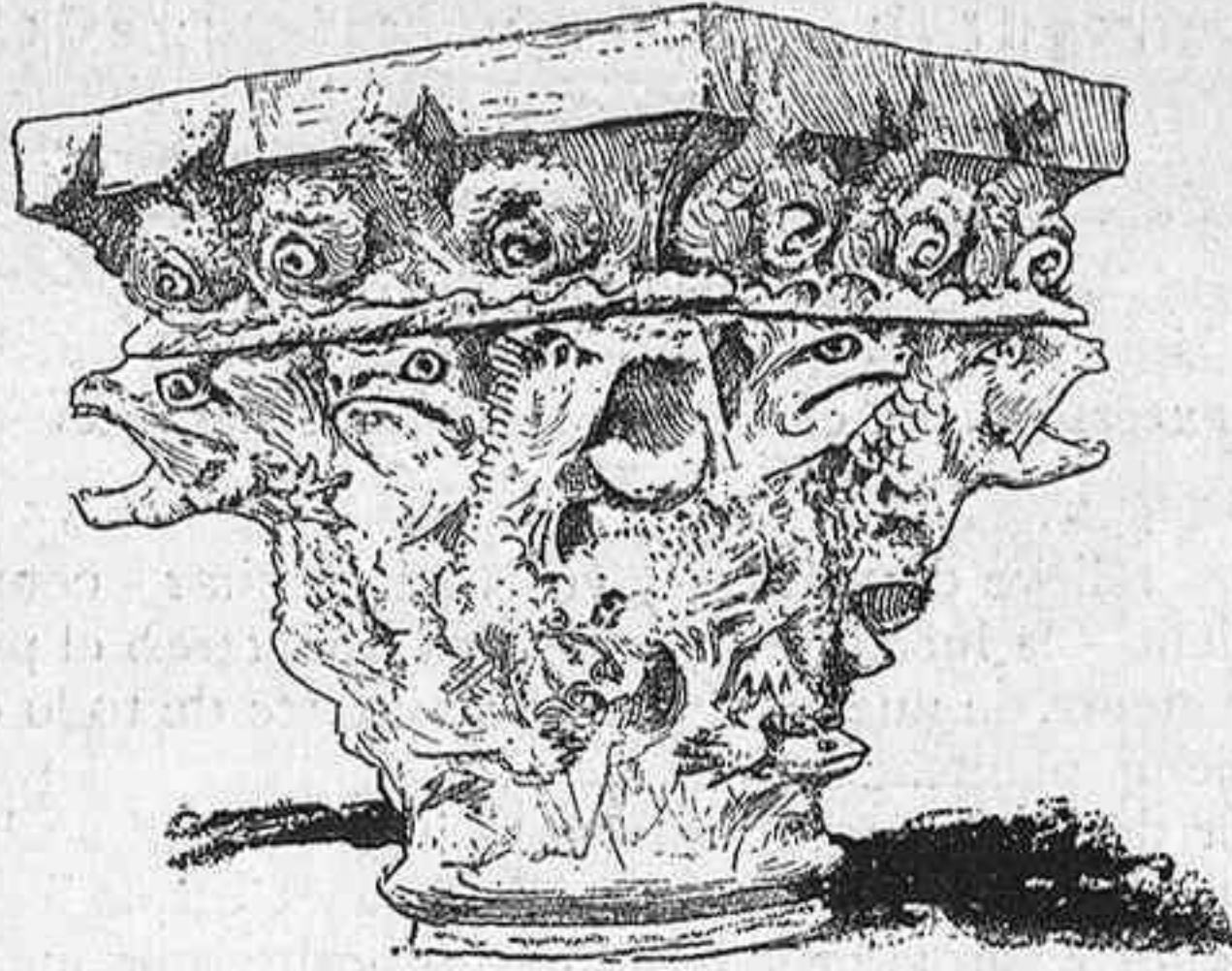


CHICAGO. — Capitel en el Palacio de las Pesquerías

nales, dos elegantes puentes lo ponen en comunicación con la parte Sur de la Exposición, y más directamente con el palacio del Gobierno, que se levanta en la otra orilla.

Fórmalo un gran cuerpo de edificio central con pabellones poligonales á ambos lados de verdadera originalidad y de estilo románico español, pabellones

que se enlazan al edificio principal por medio de galerías de planta curvilínea. En el centro de la nave que constituye dicho cuerpo de edificio se alza una gran torre circular cuya altura es igual á la anchura de la nave, ó sea de 80 pies, la cual lleva en los extremos de dos diámetros que se cruzan en ángulo recto cuatro torrecillas poligonales del mejor gusto, y que contienen



CHICAGO. — Capitel en el Palacio de las Pesquerías

en su interior escaleras por las cuales se puede salir á un balconaje exterior. La altura total de la torre central, que remata en una airosa linterna, es de 150 pies.

La entrada de este palacio no presenta el carácter monumental de las de los otros; al contrario, es sencilla y adecuada al carácter general del edificio y la flanquean dos torrecillas cuadrangulares rematadas en tejadillos piramidales. La techumbre de este palacio es de tejas doradas, como dorada es una parte de la pared, á pesar de lo cual el edificio no ofrece el aspecto chillón que podría suponerse.

La ornamentación es apropiada al objeto del edificio: así los capiteles de las columnas de los arcos como los frisos y demás partes arquitectónicas que las admiten, llevan esculpidas formas de la fauna y flora marinas, como peces de todas clases, cangrejos, langostas, serpientes acuáticas, ranas, tortugas é infinidad de algas de gran longitud que forman elegantes entrelazos y combinaciones.

Enfrente de ese edificio y, según queda indicado, en la orilla opuesta del canal, se alza el palacio del Gobierno de los Estados Unidos, cuya traza es debida al arquitecto W. J. Edbrooke. Hállanse en él expuestas las colecciones oficiales de los diferentes departamentos del Gobierno, como Guerra, Agricultura, Gobernación, Correos, etc. El departamento de Marina, con su exposición naval, ha exigido la construcción de una sección accesoria, y en el lago se ve un modelo exacto de un acorazado de primera clase completamente equipado. En el espacio que media entre el edificio y el mismo lago hay pabellones destinados á hospital de marina, á aparatos y ejercicios diarios de una estación de salvamento, á un observatorio naval, á una sección de faros, y por último se ha establecido también un campamento de tropas regulares de los Estados Unidos.

El palacio del Gobierno, construido con materiales del Estado de Washington, ocupa un área de 73 metros por 47 y da una idea curiosa de la arquitectura extraña y nueva de este joven y poderoso país. Además de las contribuciones particulares, el Estado ha invertido 260.000 pesetas en el trazado de los planos y construcción de este edificio y proporcionado más de cien mil dólares para las colecciones de su exposición.

Pero el conjunto general del edificio, aunque curioso, ó mejor dicho, vistoso y construido con excelentes materiales y á pesar de haber presidido en él una cuidadosa mano de obra, carece de esas cualidades de elegancia y belleza que se echan de ver, con pocas excepciones, en los otros. Representa en el arquitecto talento de organización, pero no ingenio artístico. Su masa es pesada, las líneas no guardan las debidas proporciones, y hasta la ornamentación es pobre. No cabe negar que ofrece cierto carácter monumental; pero dadas sus dimensiones, mucho más reducidas que las de otros palacios de esta misma Exposición, échase desde luego de ver que la cúpula central es desproporcionada para el resto del edificio, lo propio que la puerta principal, con su cuerpo saliente y su elevado arco, que en nuestro con-

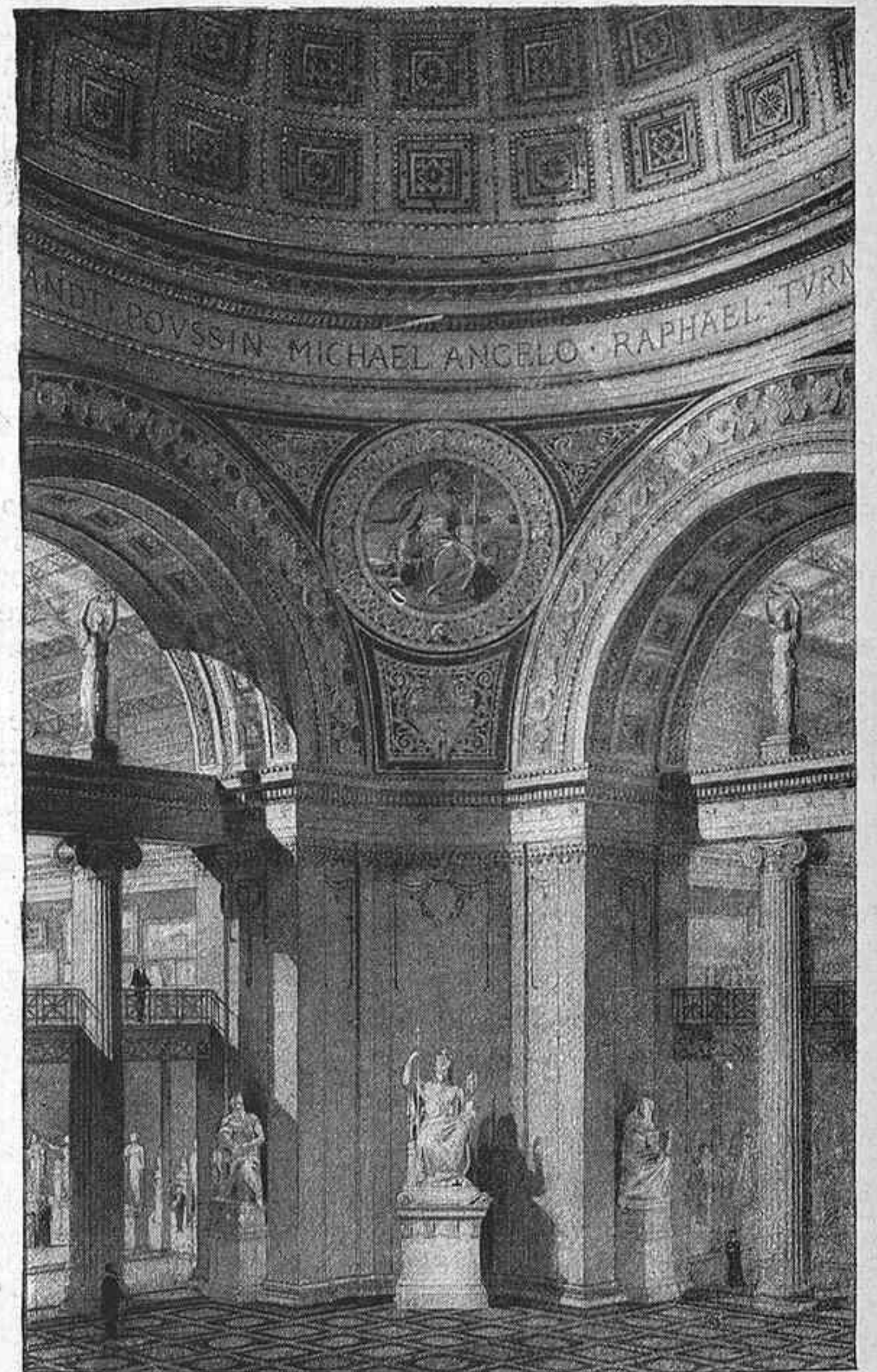
cepto cuadraría mejor á un palacio de mucha mayor extensión.

Otro tanto sucede respecto de los pabellones angulares, sobrado bajos para su anchura. En suma, todo es aquí sólido, macizo, pero de escaso gusto é inspirado en un estilo práctico más bien que artístico.

El interior está mejor distribuido y por sus espaciosas naves y galerías, iluminadas con inteligencia por medio de grandes claraboyas y de ventanas laterales, permite la desahogada colocación de los objetos expuestos y la libre circulación de los visitantes.

Exento de los defectos que hemos indicado respecto del edificio anterior aparece el palacio de Bellas Artes, pues sus condiciones arquitectónicas reúnen á la esbeltez el buen gusto. Hállase situado en la parte septentrional de Jackson Park, siendo el último edificio que contiene la Exposición por este lado, y le rodean los pequeños pabellones levantados por los diferentes Estados de la Unión así como por algunos gobiernos extranjeros. Consta sólo de planta baja, cuya fachada principal da asimismo á un gran estanque, al que se baja por una anchurosa escalinata: aunque construido en estilo jónico, su arquitecto, M. Atwood, ha sabido imprimirle cierto sello de rara originalidad contemporánea.

Sus dimensiones son 200 metros por 100, y está constituido por una gran nave y un crucero que se cortan en la parte central y en cuya intersección hay una cúpula de 35 metros de diámetro por 42 de altura. Dos pabellones anejos, situados á derecha é izquierda del cuerpo principal del edificio y unidos á él por medio de galerías, están destinados á diferentes exhibiciones artísticas.



CHICAGO. — Interior de la rotonda del Palacio de Bellas Artes

La rotonda que remata en la citada cúpula es una de las partes más elegantes y mejor entendidas del interior de este edificio. De planta octagonal, pone en comunicación al crucero con las naves por elevados arcos que recuerdan los de la Tribuna del Palacio de los Uffizi de Florencia, arcos en los cuales se destacan dos columnas que sostienen una cornisa á lo largo de la imposta, habiendo sobre ella algunas estatuas. Otras puestas sobre pedestales ocupan el espacio que media entre los arcos. El friso de donde arranca la cúpula lleva estampados los nombres de los artistas más famosos de todas las épocas y naciones, y la ornamentación general de esta rotonda es de la mayor propiedad y buen gusto, pudiendo calificarse de pieza principal de este palacio.

No hay otro, por su conjunto y sus detalles, que mejor merezca la distinción de que se le conserve después de cerrada la Exposición. — M. A.



¿QUÉ ME QUERRÁ?, cuadro de E. de Blaas

RECUERDOS DEL CENTENARIO ROJO

LUIS XVII

VIII. - EL TRÁNSITO

El nuevo custodio del rey niño, Laurent, iba cansándose, lo mismo que se había cansado Simón, de la soledad y fastidio del encierro, por lo cual y merced á ciertos secretos hilos que por extraordinario supieron los realistas manejar con arte, fué nombrado adjunto de Laurent el pacífico y excelente Gomin, á quien tantas pruebas de compasión debió el cautivo. A este Gomin, y á Lasne, que fué á su vez adjunto de Gomin cuando Laurent cesó en el cargo, se deben los pormenores de los últimos días de Luis XVII, que han disipado las sombras de misterio en que la Revolución quiso envolver fin tan triste.

Porque no se crea que, aplacado el Terror, estaba conjurado su sangriento fantasma, ni que la Convención daba por nulo el antiguo plan de suprimir al vástago del «último tirano.» Los procedimientos se habían suavizado algo; los propósitos eran idénticos. La Convención y el Comité sabían que el niño estaba sentenciado; un convencional había dicho en plena sesión, refiriéndose á Luis XVII: «Ese chico no llegará á la mayor edad.» No obstante, como la vida es tenaz y reflorece, sospechábase que el niño, por medio del aire puro, de la alimentación substanciosa y variada, del movimiento y del juego, aún podía vencer la anemia y las escrófulas y salvarse. Por eso persistieron en los rigores del encierro, de la privación de ejercicio, del sustento escaso y malo, consistente en un poco de carne cocida, negruzca y repulsiva, unas lentejas insípidas y un pan más duro que las piedras. Contra estas crueldades nada pudo la excelente voluntad de Gomin ni de Lasne, siempre recelosos además, de comprometerse, de hacerse sospechosos y de ser reemplazados por gente de peores entrañas, que agravase los sufrimientos de la criatura enferma. «Había en su carita, dice Gomin, un sello de dolor y muerte que partía el alma.»

Al tercer día de desempeñar su cargo Gomin, no pudiendo dar al preso comida regeneradora, trájole cuatro tiestos floridos. Le recompensó de su buena acción el mágico efecto que causaron. El niño llegaba á sí las flores, las olía, las palpaba, las besaba. Al fin, sus ojos secos volvieron á humedecerse con rocío bienhechor: por vez primera desde que le habían desenterrado, Luis Carlos vertió una lágrima. Fué su acción de gracias muda y elocuente; porque si bien no es cierto que Luis Carlos guardase silencio absoluto (como afirma la leyenda), desde la fatal declaración contra su madre, era realmente difícil sacarle una palabra del cuerpo.

Lo que más admira al que lee los fastos de la Revolución, es ver á una familia real - en épocas de tanto prestigio para las monarquías - entregada al suplicio, sin que los demás reyes de Europa comprendiesen todo el alcance del hecho y se manejasen resuelta y eficazmente para salvarla. En cinco ó seis años que duró la humillación y desaparición casi completa de la familia de Luis XVI, ¿se comprende que España, Austria y los Borbones italianos no pudiesen coger en medio á Francia y aplastarla como á una nuez? No es mi propósito insistir en el aspecto exterior del drama que refiero: sólo me importa de él lo concerniente al débil ser que ya se acerca al fin de sus dolores. Y por eso he de contar que, á principios del año 1795, la propuesta del rey de España, que ofrecía reconocer la República si le entregaban al hijo de Luis XVI para ponerle á la cabeza de un Estado independiente, empeoró la situación del prisionero, bien ajeno á que en España se le quería hacer rey de Navarra y Bearne. Cambaceres exclamó en la Convención: «Ningún riesgo hay en tener presos á los individuos de la familia Capeto: en expulsarlos lo hay muy grande. Casi siempre la expulsión de los tiranos prepara su restauración, y si Roma hubiese puesto á buen recaudo á los Tarquinos, no tendrían que combatirlos después.» La Convención estu-

vo conforme y votó el perpetuo encierro - ó sea la muerte - de Luis Carlos.

Parece que por entonces el estado de salud del niño era menos desastroso: un poco de matiz rosado volvía á sus demacradas mejillas. Un día del mes de enero, en que hacía mucho viento, llenóse su prisión del humo de la estufa, y Gomin aprovechó esta circunstancia para suplicar al comisario de servicio - un tal Careaux - que permitiese al preso bajar al cuarto de los custodios. Así se hizo, y Luis Carlos, por vez

custodio Lasne le recordase, para animarle y distraerle, el regimiento del *Real Delfin*, añadiendo que andando el tiempo el coronel había de ser digno de los soldados, el niño miró alrededor, y con ojos brillantes y en voz sonora exclamó: «¿Me has visto tú con mi espada?»

Largo tiempo desoyó la Convención el aviso de los custodios, que pedían un médico para el niño. Por fin, el 6 de mayo, como advirtiesen que el niño no expiraba, vino el sabio Desault, el cual dijo sin rebozo que se había tardado demasiado en llamarle, y que el niño sucumbía al marasmo y al agotamiento, consecuencia del género de vida á que se le sujetaba. Esto mismo lo repitió donde pudo, gruñendo que mal podía dar remedios de botica á quien necesitaba el aire del campo y la libertad. Un comisario preguntó cierto día al viejo facultativo: «¿El muchacho no tiene remedio? - Yo lo temo, contestó Desault, pero hay en el mundo gentes que lo esperan.» Estas fueron las últimas palabras de Desault en la torre del Temple, y de las últimas en el mundo, pues á los dos días, preguntando Lasne y Gomin por qué no volvía el médico, les respondió otro comisario: «No le esperen; ayer se murió.» Defunción súbita y extraña, atribuida por el vulgo al veneno.

Pelletan, médico del Hospital, reemplazó á Desault. Como se indignase en voz alta, al ver que molestaban al enfermito con atroces rechamamientos de cerrojos, el niño, siempre fijo en el pensamiento de que allí cerca padecía su madre, suplicó acongojado: «No alce usted la voz: nos puede oír ella y enterarse de mi mal.» Por orden del médico fué trasladado á una estancia más ventilada y clara, de más sol. «Estará usted contento aquí», indicó el custodio. El niño le echó una de sus expresivas y profundas miradas. «¡Siempre solo!, dijo muy bajo. ¡Mi madre en la otra torre!»

Eran los dolores del moribundo har- to recios, á causa de la hinchazón de las articulaciones, y Gomin acertó á decirle: «Me aflige verle á usted padecer tanto. - Consuélese usted, respondió el chico, que no padeceré siempre.»

En efecto, acercábase ya la gran consoladora, la muerte que liberta, redime y baña el espíritu en paz divina. La víctima no podía resistir más: sus fuerzas se habían agotado. Fueron sus últimos instantes tan poéticos, que el Shakespeare que escribiese la tragedia del inocente rey niño nada tendría que inventar ni que añadir, ni podría encontrar más bellas palabras, sueño más patético y dulce. De puro hermo-

so parece inverosímil, aunque es la estricta verdad.

Viéndole amodorrado é inerte sobre la almohada, preguntóle Gomin: «¿Está usted peor?» Y el niño, con gran dulzura: «Estoy mal, pero menos que antes: ¡como la música es tan preciosa!» Ya se comprende que ninguna música, ni siquiera el más leve ruido, se escuchaba en la sombría torre. Gomin, admirado, interrogó: «¿Dónde oye usted esa música? - ¡Allá en lo alto! - ¿Hace mucho? - Desde que está usted de rodillas. ¿Cómo no la oye usted? ¡Escuche, escuche!» Y con ojos de éxtasis, con el alma ya fuera del cuerpo, el niño se echaba de la cama. De pronto se estremeció y con arrebato inexplicable dijo, abriendo los brazos: «¡Entre tantas voces he conocido la de mamá!»

¡Visión venturosa, final admirable de una existencia en la cual, sobre torturas nunca imaginadas y asechanzas nunca vistas, sobrenadó fuerte, puro, sublime, intacto, un sentimiento, un amor, una pasión sin límites: la del hijo por la madre - como había sobrenadado la de la madre por el hijo!

No fueron, sin embargo, las últimas palabras de la criatura. A Lasne, que había subido á relevar á Gomin, le preguntó blandamente: «¿Habrás oído esa música mi hermana? ¡Ojalá!» Y al mismo tiempo las pupilas del agonizante se clavaron en la ventana: hizo un movimiento de inmenso júbilo, y volviéndose á Lasne, murmuró: «Tengo que decirte una cosa...» Prestó oído el custodio... y sólo advirtió un débil suspiro... el postrero.

Lasne, años después, declaró que había permane-



Facsimile de un cartel que los ciudadanos franceses fijaron al exterior de sus casas para dar testimonio de su republicanismo y librarse de persecuciones

primera, salió de sus cuatro paredes y comió en compañía de otras personas. Era la comida mucho mejor que la suya, y hasta había una torta de *frangipán* con azúcar molido. El niño, al pronto, mostraba apetito excelente; pero la dureza de Careaux, sus palabras agrias y una frase que exhaló sobre la «inutilidad de la vida del chiquillo» le quitaron inmediatamente las ganas: ni comió más, ni siquiera quiso probar la torta. «La dejé porque era de aquel hombre,» confesó al día siguiente. Diríase que desde entonces el niño sintió realmente lo inútil de su amarga vida. Detúvose la convalecencia; reapareció la fiebre, y los tumores de las muñecas y las rodillas se abultaron.

Poco tiempo después, como Gomin propusiese al niño una partida de damas, él se levantó, y, cosa rara, fué derecho á su guardián, mientras con el dedo señalaba á la puerta. «¡No se puede!» respondió apenas el custodio; y el niño, echando fuego por los ojos, murmuraba: «¡Quiero verla una vez; verla una vez sola, antes de morir!» Seguía ignorando la suerte de su madre; creía que estaba aún allí, á dos pasos de él, llorando por él. Viendo que Gomin no accedía, echóse desesperado sobre la cama, sollozando y gritando con tal fuerza, que Gomin, para contenerle, tuvo que decirle: «¡No querrá usted que me condenen á muerte!» El niño, al oír esto, calló... y el llanto volvió al corazón de donde salía. Poco después exclamó mirando á Gomin: «¡A quién habré yo hecho daño!»

Hacia el mes de abril, aquel corderillo moribundo tuvo un lindo arranque, digno de ser notado. Como su

*Soldats republicains, la patrie, vous regarde, la
 la gloire, vous appelle. Les mains de vos frères martyrs vous
 appelle implorer; la gloire vous appelle, la patrie
 vous regarde, ~~l'empereur vous regarde~~
~~vous regarde~~ les représentants ^{de la nation} ~~de la nation~~
~~français~~ vous encouragent et vous guident; marchez
 frapper; que dans un mois, la peuple français
 soit unifié, la liberté affermie, la république triom-
 phante, que les tyrans et les esclaves disparaissent
 de la terre; qu'il ne reste plus que la justice,
 la bonté et la vertu.*

Robespierre

Facsimile de una carta de Robespierre dirigida en nombre de la comisión de Salvación pública al ejército en 26 de octubre de 1793

cido una hora ó más sin poder apartar la vista del cadáver, de la carita serena, descolorida, de los vidriados ojos azules, donde todavía brillaba un reflejo de celeste gozo. Y añadía el custodio de Luis XVII que en aquella solemne hora «ofreció á Dios no apartarse nunca de la virtud.»

IX. - POST MORTEM

Diríase que, al expirar el rey niño, las iras de la revolución habían de aplacarse y dejar en paz sus extenuados restos, su cuerpo demacrado y consumido y su cabeza abrumada de dolores inconcebibles. No fué así. Hasta en la fosa veremos cómo llevó adelante la revolución su terrible consigna: *deshacerse* de Luis XVII. Otros personajes expiaron delitos, errores, faltas: Luis XVII expió el haber nacido. Existir fué su crimen, y no existir, ni aun en la tumba, el castigo á que le condenaron.

Dispúsose la autopsia del niño así que se comprobó su muerte. Los facultativos registraron aquel pobre cadáver, cuya descripción anatómica horroriza, como horroriza la narración de premeditado y alevoso asesinato. En efecto, según declararon los médicos, todos los órganos y vísceras del niño - cerebro, corazón, hígado, estómago - revelaban salud y complexión robustísima: lo que le había matado era el marasmo, y la tuberculosis que de él se engendrara. Sin las privaciones, las torturas y la refinada combinación de dos procedimientos espantosos - el martirio y la miseria, - la criatura hubiese vivido dilatados años, sana y fuerte. La enfermedad se la derramaron en los labios, cual se derrama un frasco de ponzoña.

Cuando se supo la muerte del que el pueblo seguía llamando *delfín*, formáronse grupos alrededor del Temple. Una mujer con el pelo suelto y un haz de flores marchitas en la mano, quiso forzar la puerta y entrar á contemplar el cadáver. Lloraba, gritaba y repetía: «¡Quiero volver á ver al niño! Un día, en su jardín de las Tullerías, me dió estas flores, y se las he de poner sobre la caja.»

La Convención y el gobierno revolucionario, desde el primer momento, aspiraron á quitar toda importancia al suceso. «Es un hecho insignificante,» repitióse en las esferas del poder. «Que se le entierre sin ruido ni aparato,» añadieron. Tal fué el misterio y la aparente indiferencia que envolvió esta muerte, que hasta hace bien pocos años se negó que existiese el acta de defunción de Luis XVII, obscurecida en los archivos del *Hotel de Ville*. Cuando tendieron al niño en el ataúd - era el miércoles 10 de junio de 1795 - un comisario de los que allí se encontraban, movido de piedad al ver el cuerpo desnudo, ofreció su pañuelo para envolverle la cabeza. Clavaron el ataúd de pino; envolviéronlo en raído paño negro, y lo sacaron, antes de anochar, á las siete de la tarde. Al salir el féretro, el custodio Gomin dijo al empleado que le seguía: «Ya no hace falta cerrar la puerta de hierro.» Pasaba la fúnebre comitiva por la calle de Popincourt, á tiempo que varios chiquillos del pueblo, al saber el nombre del que llevaban á enterrar, se co-

locaron en fila y se descubrieron respetuosamente.

Estaba dispuesta la última morada de Luis XVII (luego veremos cómo no fué última) en el cementerio de Santa Margarita, modesta y vieja parroquia no muy distante del Temple. Abierta ya la fosa en el rincón de la izquierda, fué depuesto en ella el ataúd, y cubriéndole la tierra, no quedó señal visible del lugar en que descansaban los restos del rey niño. Como en el sepulcro de Cristo, se dejaron allí centinelas, á fin de que los adictos no viniesen de noche á sustraer el cadáver.

Desde el punto mismo de la inhumación, y á pesar de estas precauciones, empiezan á espesarse las tinieblas y á reinar la incertidumbre y el misterio. Mientras Lasne afirma que Luis Carlos fué sepultado en una hoya abierta ex profeso, el bedel y el sepulturero de Santa Margarita aseguran que le enterraron en la fosa común; pero que ellos (habiendo tenido cuidado de hacer en el ataúd una señal con tiza), á la tercera noche, cuando ya cesó de estar vigilado el cementerio, desenterraron la caja, se cercioraron de que en ella yacía un niño con el cráneo abierto por el escalpelo, y le enterraron en lugar aparte, marcado con signos que permitían reconocerle. El enterrador, al proceder así, calculaba que andando el tiempo cambiaría de faz la política, y una restauración probable le recompensaría por haber reservado el cuerpo de Luis XVII.

Contrasta esta afirmación con la del general conde de Audigné, el cual asegura que el cadáver del rey niño fué sepultado al pie del torreón del Temple, y que él mismo presencié cómo por casualidad se descubrieron, removiendo el foso, los restos, envueltos en cal viva, é imposibles de confundir, por el tamaño del esqueleto, grande para niño y chico para hombre, y por las imborrables huellas de la autopsia que conservaba el cráneo.

Sin embargo, ni la versión del sepulturero ni la del conde parecen adoptadas por la historia. Otra versión más verosímil, más conforme á la revolucionaria consigna de *suprimir* á Luis Carlos, de borrar, si posible fuese, hasta su nombre de la memoria humana, es la que ha prevalecido, envolviendo definitivamente en sombras el último destino del mártir del Temple.

Según declaró en 1816 Luis Antonio Charpentier, jardinero mayor del Luxemburgo, el 25 de Prairial del año III fué llamado por el comité de su sección, y allí se le ordenó que volviese de noche, acompañado de sus dependientes provistos de azadones y palas. Concurrieron puntualmente á la cita (no se jugaba entonces con la autoridad), y un miembro del comité, ciñendo su faja tricolor, les llevó, primero en coche y luego á pie, sin pronunciar palabra, al cementerio de Clamart. Allí se les mandó cavar una hoya de seis pies de largo y tres de ancho. Hiciéronlo con el mismo extraño silencio, y acabada casi la hoya, vieron abrirse la puerta del campo santo, y bajarse de un coche otros tres hombres con faja tricolor, que traían consigo un féretro no muy grande. Colocado el féretro en la nueva fosa, se ordenó á los jardineros colmarla: hecho lo cual, se dispuso que pisasen el terruño é hiciesen

desaparecer el menor vestigio de la obra. En seguida, y sobre la misma tierra que ya cubría el ataúd, se les advirtió á los obreros que jay de ellos si dejaban rezumar el secreto: la indiscreción costaría la cabeza al que la cometiese. Repartiéronse asignados á los trabajadores, y uno de los de la faja tricolor dijo riendo á sus colegas: «Trabajo le mando á Capetillo si quiere reunirse con su familia.»

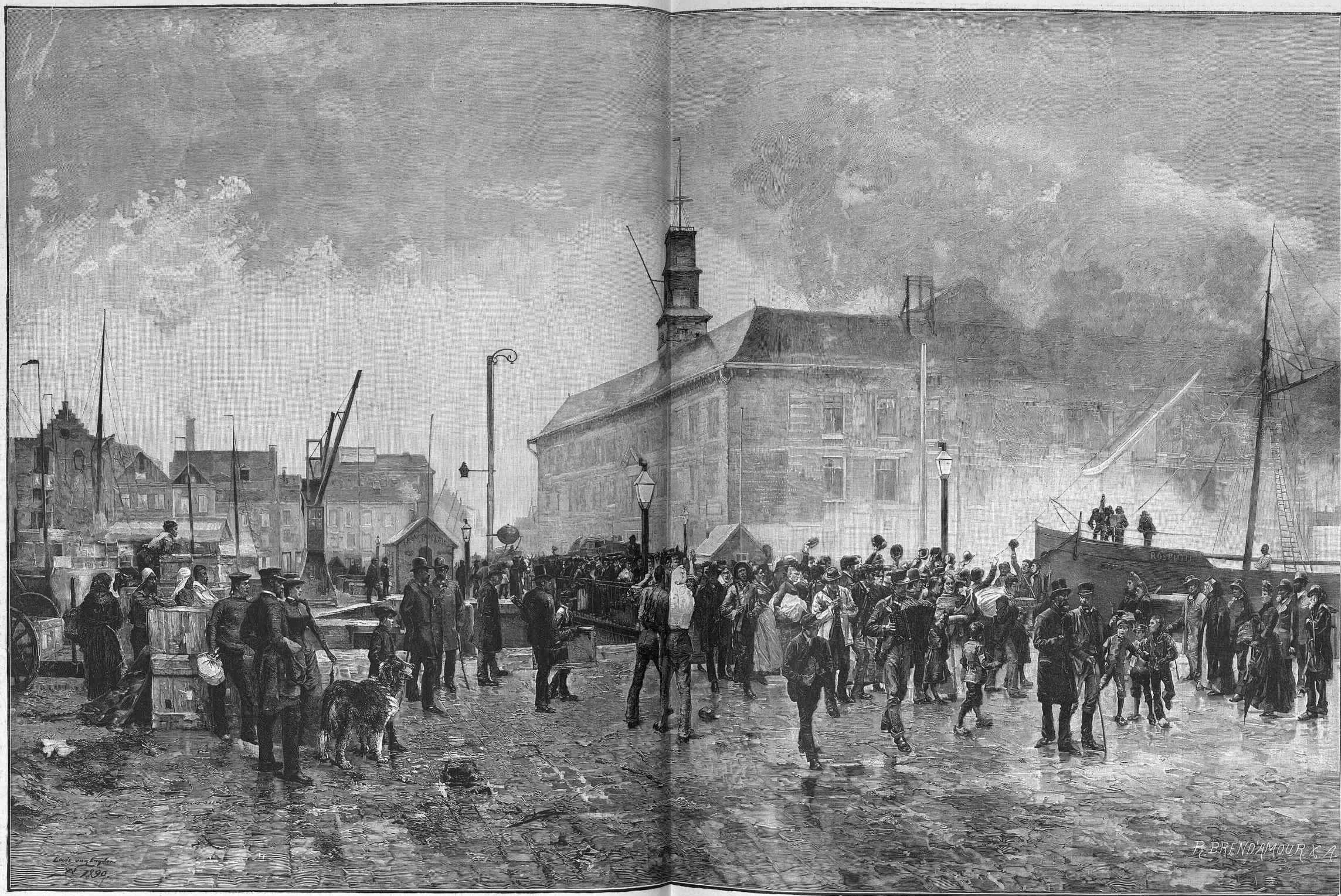
Cuando la restauración se dedicó á la piadosa tarea de rebuscar y exhumar los restos de la familia real para ofrecerles digna sepultura, lo contradictorio de las versiones que al niño se referían, la casi evidencia de que la revolución había adoptado sus precauciones trasladando á Luis XVII de Santa Margarita á Clamart y acaso de Clamart á otro punto, y las chanzonetas de la prensa de oposición, que satirizaba pesquisas cuyo fruto pudo ser honrar por restos de María Antonieta los de alguna ignorada víctima de la guillotina, concurrieron á impedir que se indagase activamente el paradero del cadáver del niño. Y de aquí resultó lo que era natural que resultase... Negóse la realidad de la muerte de Luis XVII, y por consiguiente la legitimidad de Luis XVIII. Surgieron los falsos Luises, los impostores que tanto han dado qué decir y qué soñar.

Hay en el sentimiento monárquico exaltado un matiz de romanticismo que no se ha estudiado lo bastante. Merced á este sentimiento (que podemos clasificar entre los del orden estético) el respeto á una institución se convierte en culto á un individuo, al cual reviste de todas las perfecciones ideales en cuerpo y alma. Un rey amado tiene que ser guapo, animoso, noble, digno, ora santo (como nuestro Fernando), ora mártir (como Ricardo Corazón de León y Luis XVII). Pues bien: si la imaginación pretendiese agrupar en una sola persona todas las cualidades y circunstancias que exaltan el amor, el entusiasmo y la abnegación absoluta, no llegaría á formar tipo tan completo como el de Luis XVII. Hermosura que atrae; niñez que enternece; carácter regio bien demostrado en tan corta edad; un amor filial que vertía sangre por mil heridas; un infortunio que no puede hallar términos de comparación en ningún infortunio humano..., todo se reunió en Luis Carlos de Borbón para encender hasta el fanatismo la devoción de sus partidarios. Si Luis XVIII llegó á ocupar el trono de hecho, Luis XVII, el crucificado del Temple, se captó los corazones. Cuéntase de un jefe *chuan*, que al pegar fuego á las ropas untadas de pez



Un guardia nacional francés dirigiéndose al cuerpo de guardia. Copiado del *Diario de la toma de Francfort* (1793)

de un niño hijo de un republicano, le dijo rechinando los dientes: «Por Monseñor el Delfín.» Si el rasgo parece salvaje, citaremos otro, el del realista oficial de marina fusilado en Quiberón, y en cuyo pecho encontré un relicario chico, que encerraba una rosa



EMIGRANTES DIRIGIÉNDOSE AL EMBARCADERO, CUADRO DE LUIS DE ENGELEN

seca y este rótulo: «Regalada por Monseñor Luis, Delfín de Francia.»

No: á Luis XVIII, hermano del rey, no se le podía adorar como al niño infeliz, esperanza, delicia y dolor de la patria. Y la revolución, al suprimirle cadáver como le había suprimido vivo, no hizo sino abrir las puertas de la leyenda, fomentar el mesianismo legitimista, dar cuerpo á la novela de una evasión secreta, de una huída al extranjero, y más tarde, de una reaparición de Luis XVII.

Leyendas como esta pululan en la historia: desde Barbarroja dejando crecer en profunda caverna su barba centenaria, y Artús oculto bajo tétrica forma de cuervo, hasta los falsos Demetrios de Rusia y los falsos don Sebastianes de Portugal, el pueblo se ha empeñado en arrebatar á la muerte á los soberanos que amó; y si — como en el caso del niño Demetrio y en el de Luis XVII — rodea cierta penumbra los últimos instantes y el sepelio de los héroes, la leyenda brota espontáneamente, cuál flor azul nutrida con las lágrimas y regada por las tristes lluvias que empapan la solitaria é ignorada fosa...

El no haberse encontrado los restos del niño; la oposición del gobierno restaurador á que se buscasen; ciertas palabras y acciones de Madama Royale, hermana de Luis XVII y después duquesa de Angulema, fueron otros tantos pilares en que descansó la impostura. No apareció un solo Luis XVII: surgieron tres ó cuatro. Sobre todo uno de ellos, el famoso relojero Naundorff, fué para muchos realistas acérrimos el verdadero cautivo del Temple, el niño rey. Ni le faltaron historiadores que sostuvieron sus afirmaciones, ni testigos que las robustecieran. No ha mucho que la prensa francesa habló largamente de Naundorff y su familia, y al leer los artículos que entonces se publicaban, dudas y zozobras y curiosidades sin fin agitaban el espíritu, cautivo de la historia singular de aquel nuevo Gabriel de Espinosa, cuyos labios sellaba voluntario silencio. Mas si la imaginación pretende echarse á volar, la historia seria, documental, enemiga de lo extraordinario y lo maravilloso, únicamente nos dice que Luis XVII falleció en el Temple y fué inhumado en Santa Margarita. — El mejor comentario á su destino serían las palabras que Esquilo pone en boca de Prometeo encadenado.

«¡Oh deidad veneranda de mi madre! ¡Oh éter, que haces girar la luz común para todos! Viéndome estáis cuán sin justicia padezco.»

EMILIA PARDO BAZÁN



Bellas Artes. — A fines de septiembre se celebrará en Nuremberga un congreso de historia de las Bellas Artes: el comité organizador, compuesto de los artistas profesores Holtzinger, F. Craus, C. de Lutzow y Oechelhauser, invita á todos los representantes de las sociedades artístico-científicas, de los museos, etc., y proyecta celebrar en aquella ciudad una exposición de obras de arte propiedad de particulares.

— El Parlamento de Baden ha votado la suma de 500.000 pesetas para añadir á la Galería de Bellas Artes de Karlsruhe dos salas destinadas á pintura y dos á escultura: al propio tiempo que estas obras se terminará la ornamentación pictórica de la escalera del edificio. Los dos grandes lienzos de pared y las lunetas que han dejado libres los frescos de Mauricio de Schwind se cubrirán con cuadros que han sido ya encargados al pintor Gleichenf.

— El escultor francés Mercié ha terminado ya el modelo del monumento á Meissonier que en la próxima primavera ha de inaugurarse en los jardines del Louvre: el artista presenta al famoso pintor vestido con su blusa y sentado en un sillón en actitud meditabunda y con la paleta en la mano, tal como se le encontraba en su taller cuando estaba trabajando.

— Las autoridades municipales de Wiesbaden han tomado recientemente los acuerdos necesarios para proceder al embellecimiento de la nueva Casa Consistorial. En el salón de sesiones se colocarán dos grandes lienzos que representarán el asalto de las murallas romanas de la ciudad por los germanos y la entrada del emperador Guillermo en Wiesbaden después de descubrir el monumento de Niederwald. En el salón de fiestas se pondrán los retratos del emperador y de la emperatriz actuales, de Guillermo I, de Federico, del emperador Adolfo de Nassau y del gran duque Adolfo de Luxemburgo y figuras alegóricas de la Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza.

— El pintor A. de Heyden ha terminado el friso del salón de la Casa Consistorial de Berlín, que consta, como en otra ocasión dijimos, de veinte escenas de la vida berlinesa: las últimamente pintadas son un café en un jardín público, un mercado de los que semanalmente se celebraban en aquella capital, la extinción de un incendio y la llegada del despacho anunciando la victoria de 2 de septiembre de 1870, fecha de la batalla de Sedán. Para completar la ornamentación faltan doce retratos de otros tantos berlineses célebres de la época en que se construyó el edificio, que se colocarán en las lunetas de aquel salón.

— La asociación de acuarelistas alemanes celebra actualmente en Dresde una exposición en la que figuran notables obras de Stahl, Herrmann, Skarbina, Bantzer, Fritz, Bartels y Kampf.

— En el campanario de la iglesia parroquial de Hassfurt (Franconia) se ha descubierto una estatua de madera de San

Juan Bautista, que se atribuye al famoso escultor alemán Tilman Riemenschneider.

— En la capilla de la abadía de Boppard (Prusia rhenana) se han encontrado varias y excelentes pinturas murales del siglo XIII: estas pinturas, que representaban asuntos religiosos, habían sido cubiertas por varias capas de cal, habiéndose dispuesto que se proceda á su completa restauración.

— En Nantes se ha inaugurado la estatua que aquella población ha erigido á su hijo adoptivo, el ilustre doctor Angel Guepin, el autor de la famosa *Historia de Nantes* y el fundador del dispensario oftalmológico gratuito. La estatua es obra del escultor Carlos Le Bourg y en el zócalo se ha grabado la admirable divisa que fué la norma de la vida de Guepin: *Aux plus desherités, le plus d'amour* (A los más necesitados, la mayor suma de amor).

— Para la Galería de Pinturas del Instituto Stadel de Frankfurt en el Mein han sido adquiridos en la subasta de la colección Bohm cuatro cuadros, que son: *Mañana en las montañas del Rhin*, de Pedro Becker; *La antigua cochería*, de A. Burger; *Santa María Magdalena en la mañana de Pascua*, de E. de Steinle y un retrato de niño de Felipe Rumpf.

— Se ha inaugurado en Munich la Exposición anual de la Sociedad de Artistas, en la que figuran 2.000 obras. De las naciones extranjeras la que está mejor representada es Inglaterra, siguiendo luego Bélgica, Holanda, España, Italia y Francia, esta última con una porción de hermosas esculturas.

En la propia ciudad activanse los trabajos para inaugurar cuanto antes la exposición de los secesionistas á la cual se sabe que concurrirán muchos y muy notables artistas extranjeros.

— El compositor francés Eugenio de Henbay está escribiendo actualmente la música para una ópera cuyo libreto le ha dado el célebre poeta Francisco Copée, tomándolo de su drama *El violinista de Cremona*.

Barcelona. — **Salón París.** — Importante y variada fué la exposición de estos últimos días. Ribera presentó una media figura de mujer, elegante, fina de color y de sólida ejecución, como suya; Tamburini, una cabecita pintada con jugosa frescura; otra Graner, de un campesino, viva, sobre uno de esos fondos indecisos peculiares á este artista, y B. Casas, una cabecita también discretamente estudiada.

Urgell sobresalía con una marina, de conjunto armonioso, impresionado de luz y de acentuación total más decidida que en muchas de sus obras anteriores.

Francisco Miralles, recién llegado de París, figuró con un retrato hábilmente ejecutado del Dr. Liciaga, y con una escena, pintada con la brillantez que él acostumbra, de nuestro Paseo de Gracia.

La fundición de Federico Masriera brillaba de una manera notable en el salón, así por el valor artístico de los modelos, como por las excelentes condiciones de reproducción en las obras expuestas; el grupo de Campeny, *Bisonte atacado por unos lobos*, obra vaciada en bronce por encargo de un aficionado yankee, pondrá en buen lugar en el otro continente, tanto á nuestra escuela de escultura cuanto á la fundición artística barcelonesa.

Si las dificultades vencidas con verdadera maestría en la fundición de un grupo como el expuesto, por su estructura y dimensiones merece los plácemes más sinceros, no deben escatimarse tampoco al busto de Carlos III, de Mena, hábilmente reproducido á cera perdida con exquisita limpieza, ni al retrato de señora, obra modelada años atrás por el malogrado Nobas.

Teatros. — El comité constituido para las representaciones de ópera que se han de dar en Gotha anuncia que el 27 de este mes se cantará *Medea*, de Cherubini; el 29 *Capucina roja*, de Boildieu, y el 30 y 31 las óperas premiadas en el concurso de que en otro número dimos cuenta, *Evanthia*, de Pablo Umlauf, y *La Rosa de Pontevedra*, de José Forster.

— En el teatro Real de la Ópera, de Berlín, se ha estrenado una ópera en cuatro actos, *El gitano*, de Ricardo Stiéblitz, cuya partitura revela en su autor grandes conocimientos en la instrumentación y contiene bellísimas melodías. La ópera ha sido muy aplaudida.

París. — En el teatro de Aplicación se han estrenado: *Le nez d'un notaire*, graciosa comedia en dos actos tomada de la novela del mismo título de Edmundo Abont, y *La poudre aux moineaux*, una y otra de un joven y distinguido escritor, M. Carlos Esquier. En el Ambigu ha tenido gran éxito un interesante drama en cinco actos y once cuadros de M. Pablo Mahalin, titulado *Valmy*.

Londres. — Se ha estrenado con muy buen éxito en Covent Garden la ópera de Mascagni, *I Rantzau*, dirigida por su autor: éste ha recibido de la reina Victoria una invitación para que dirija en el palacio de Windsor una representación en la que en presencia de la familia real se pondrá en escena *Cavalleria rusticana* y el segundo acto de *L' amigo Fritz*, que cantarán la señora Melba y los Sres. de Lucia y nuestro paisano el aplaudido tenor Viñas.

Barcelona. — Las principales compañías dramáticas que actuaban en nuestra capital han terminado sus tareas después de haber hecho una fructífera campaña. La del Sr. Vico, que actuaba en el Eldorado, ha marchado de ovación en ovación, especialmente en las funciones dadas á beneficio del galán joven D. Antonio Perrín y de aquel distinguido actor; pero la que el público le tributó la noche de su despedida ha excedido á toda ponderación y á cuanto hasta el presente se ha visto en Barcelona. En el mismo teatro empezará á actuar una compañía de ópera italiana bajo la dirección del maestro Goula (hijo). En Novedades ha sido también cariñosamente despedida la compañía dirigida por D. Emilio Mario, después de haber reproducido en esta capital el interesante drama *La Dolores*, admirablemente escrito por el Sr. Felú y Codina, en el cual ha obtenido un señalado triunfo la señorita Guerrero, y estrenado el precioso drama del Sr. Pérez Galdós, *La loca de la casa*, y la comedia de D. Miguel Echegaray, *Abogar contra sí mismo*, uno y otra con brillante éxito. En el Lírico terminó sus compromisos la compañía dirigida por los Sres. Rosell y Ruiz de Arana, que por espacio de algunos meses ha hecho las delicias de los aficionados al género cómico de buena ley. La zarzuela *Abelardo y Eloísa*, estrenada en el Tivoli, ha dado escasísimo resultado; en cambio *La telefonista*, arreglo del francés por D. Salvador Granés, con bella música de Serpette, está proporcionando muy buenas entradas, á pesar de sus chistes de color algo más que subido.

Necrología. — Han fallecido recientemente:

Maximiliano Hantken, director del Instituto de Paleontología de Budapest, fundador de la Sociedad Geológica de aquella ciudad é individuo de la Academia Húngara.

Santiago María G. de Crussol, duque de Uzés, individuo de una de las familias más nobles de Francia, que había recientemente emprendido un viaje de exploración al Africa central, en donde ha muerto.

Doctor Nils Gustavo Kjellberg, profesor de Psiquiatría de la Universidad de Upsala y uno de los más célebres frenópatas de Suecia.

Guy de Maupassant, renombrado escritor é inspirado poeta francés, autor de hermosas poesías, novelas y cuentos y colaborador de los principales diarios y revistas de París.

Gabriel Balart, director del Conservatorio del Liceo de Barcelona, notable compositor, autor de muchas y aplaudidas zarzuelas, sinfonías, romanzas y piezas de concierto y de baile.

Don Juan Tutau, distinguido economista y ministro de Hacienda en tiempo de la república española.

Don Alejandro Rodríguez Arias, teniente general del ejército español: tomó parte en la guerra de Santo Domingo, en la campaña de Cuba, en la guerra carlista y ha fallecido desempeñando el mando superior de la isla de Cuba.

Otón Bach, director del Mozarteum de Salzburgo, director de la Sociedad de Filarmónicos de Viena, compositor de óperas y de piezas sinfónicas, religiosas y de música de cámara.

Enrique Schaumann, pintor alemán de género y de animales, presidente de la Asociación Artística de Stuttgart.

Juan Schindler, notable escultor ornamentista vienés.



Después del baile, cuadro de Holewinski. —

Fuente de emociones es un baile para toda joven, y más si la joven es linda como la que pinta Holewinski: á él acude llena de ilusiones, animada por el deseo de ver al que supo conseguir su cariño ó por la esperanza de encontrar allí quien sepa hacerse dueño de los tesoros de amor que su pecho encierra, y de él regresa unas veces con una ilusión más, otras con una esperanza menos, ya inundada el alma de inefables delicias, ya traspasado el corazón por punzantes desencantos. La beldad del cuadro que reproducimos no ha recogido á buen seguro en el baile tan amargo fruto: su cuerpo más que del cansancio material se reposa de esa dulce fatiga que nace de unas horas de placer no turbadas por el más pequeño desasosiego, y en su rostro se revelan el bienestar que producen el deseo satisfecho y la pasión correspondida, la tranquilidad que engendra la confianza en el bien amado, la voluptuosidad que despiertan el recuerdo del licito goce saboreado y la seguridad del próximo logro de un ferviente anhelo.

¿Qué me querrá?, cuadro de E. de Blaas. — La faja

de canal que corre en la parte inferior del cuadro de Blaas es un indicio de que la obra está inspirada en la que con razón se llama perla del Adriático, pero más convincente que este indicio es la prueba plena que nos suministra la figura que en ella destaca. Cualquiera que haya visitado Venecia y recuerde el tipo de la veneciana de la clase baja, no podrá engañarse respecto de la procedencia de la heroína del lienzo que nos ocupa: en muchas partes se encuentran cuerpos esbeltos, formas esculturales, cabelleras espléndidas que en negros rizos se desbordan sobre la frente y las espaldas; pero lo que sólo en Venecia se encuentra son esos ojos llenos de luz que atraen y esas miradas todo fuego que abrasan. No cabe duda: es veneciana esa muchacha que se pregunta *¿Qué me querrá?* Pues ¿qué ha de querer de ella — decimos nosotros — sino decirle una vez más que la adora, hacerla partícipe de sus proyectos y de sus esperanzas, arrancarle nuevas promesas amorosas, y quizás, aprovechándose de la soledad del sitio, robar á sus labios uno de esos besos en que se condensa todo el proceso de una pasión? ¿Acertamos al contestar en estos términos? Estamos seguros de ello, y si nuestra convicción vacilara nos afirmaría en ella la expresión de esa hermosa cara en donde más que la pregunta leemos las respuestas que dejamos escritas.

Emigrantes dirigiéndose al embarcadero, cuadro de Luis de Engelen. —

No hace aún muchos años, la emigración á América se alimentaba de los que no contentos con el bienestar, modesto, sí, pero bienestar al fin, de que disfrutaban en su patria, iban á lejanas tierras en busca de mayor fortuna; hoy no es el afán del oro el que impulsa á los emigrantes, es el hambre, la necesidad de procurarse en otros continentes el pedazo de pan que su tierra les niega. Antes se abandonaba el hogar con la esperanza de volver rico al rincón en donde se nació; ahora el que emigra sabe que su peor desgracia ha de ser el regresar, porque el regreso significa que la miseria de allá devuelve al emigrante al país de donde la miseria de acá lo arrojara. Así el espectáculo de un embarque de emigrantes tiene mucho de lúgubre, y aun cuando entre tantos infelices no falta quien intente engañar con falsas muestras de regocijo el dolor propio y el ajeno, todos en el fondo llevan clavado en su pecho el mismo puñal, la casi seguridad de que abandonan su ingrata patria para siempre, la certeza de que allende los mares les espera una vida de sacrificios sin la esperanza de un porvenir risueño; saben que no van á enriquecerse, sino á vivir, y ¡dichosos aún los que vivir puedan! Sugiérenos estas tristes reflexiones el magnífico lienzo de Engelen, esa composición grandiosa que además de ser una obra acabadísima desde el punto de vista técnico, tiene todo el vigor, todo el relieve, todo el sentimiento de la realidad magistralmente presentada por un artista que además de ver, observar y reproducir de un modo maravilloso, siente hondo y sabe hacer vibrar en los demás las mismas fibras que en su corazón se agitaron.

Las Santas Mujeres, bajo relieve de Rafael Belliazzi. —

Belliazzi es uno de los escultores napolitanos más renombrados y á su cincel se deben los principales monumentos que son hermoso adorno de la antigua capital de las dos Sicilias. Recientemente ha terminado un bellísimo sepulcro que en el cementerio de Nápoles ha de encerrar los restos mortales del gran patriota y célebre escritor italiano Francisco de Santis. Destinado á un panteón del propio cementerio, está terminando el bajo relieve que reproducimos, y en el cual se advierten tantas excelencias de composición y de ejecución que ellas por sí solas bastan para justificar la fama de que disfruta el artista.

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Anie conocía perfectamente á su marido; existía entre ella y él estrechísima y completa comunidad de ideas, de sentimientos, para que la expresión del rostro de Sixto no la impresionase hondamente; Anie, á pesar suyo, instintivamente, formuló en voz alta la pregunta que, sin ella darse cuenta, había subido desde su corazón á sus labios.

— ¿Qué tienes? ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha sucedido?
— Voy á decírtelo ahora; subamos.

En realidad esto era preferible; se ahoraban el embarazo y la tarea de preparar el golpe.

Una vez en su habitación Sixto refirió á su mujer, en muy pocas y muy rápidas palabras, todo lo que en casa de Arjuzanx había sucedido: su pérdida y la suma á que esa pérdida ascendía.

Conforme iba hablando veía Sixto que la expresión de angustia dibujada al



— ¡Sesenta y ocho mil francos!, gritó la señora de Barincq

principio en el rostro de su mujer y que la obligaba á fruncir las cejas y á apretar los dientes, se desvaneció; aún no había terminado Sixto su relación cuando Anie se acercó á él, lo abrazó y lo besó apasionadamente, gritando:

— ¿Y por eso me has dado un susto tan espantoso?
— Pues qué, ¿no es nada esto?

— ¿Qué importa?
— Es preciso pagar.

— Bueno, pues pagarás. ¿No puedes tomar sesenta y cinco mil francos sobre tu fortuna sin que esto resulte una catástrofe?

Al oír estas palabras el semblante sombrío del capitán comenzó á serenarse.

— Entonces, replicó sonriéndose, no hay más que tomar esos sesenta y cinco mil francos de la caja.

— No hay sino pedirselos á mi padre, lo cual haré mañana mismo por la mañana.

— Lo cual haremos, replicó Sixto; bastante haces con tomar parte en esta enojosa gestión, cuya responsabilidad debía llevar yo solo.

Arregladas las cosas de este modo, podía ya la joven hacer una pregunta que tenía hacía un rato en la punta de la lengua y que ahora no podría parecer á Sixto expresión de queja ó de censura.

— Pero ¿cómo has perdido esa suma?

— ¿Cómo? ¡Ah!

Anie vaciló unos instantes y por último dijo:

— ¿Eres jugador?

— Lo he sido en dos épocas: á los quince años en el colegio; á los veinte en Saint Cyr. A los quince años perdí en cierta ocasión ciento veinte francos jugando á la dobla contra Arjuzanx. Figúrate lo que eran ciento veinte francos para mí que solamente poseía veinte sueldos que me daban cada semana, y qué emoción experimentaría yo; por fortuna Arjuzanx me dió siempre el desquite y acabé por quedar en paz. Andando el tiempo también jugué en Saint Cyr y perdí mil doscientos francos, los cuales durante mucho tiempo han pesado con horrible pesadumbre sobre mi conciencia. Desde entonces no he vuelto á tocar una carta, y de esto hace ya doce años. ¿Cómo he podido dejarme arrastrar otra vez, siendo así que ni me gusta el juego ni me gustan los jugadores? No lo sé; ha sido un vértigo. Además, debo confesártelo, ya que nada te oculto, algunas burlas que, aun siendo dirigidas á de la Vigne, me pareció que pasaban por encima de la cabeza de éste para llegar hasta mí.

— Entonces, dijo Anie, has hecho bien.

— Es posible que haya hecho bien, efectivamente; pero en lo que he hecho mal ha sido en no detenerme á tiempo.

— Y ¿quién tiene la seguridad de detenerse á tiempo?

— Todas las borracheras son iguales; llega un momento en el que ya no sabe uno lo que hace; en que el hombre se convierte en juguete de impulsos misteriosos, á los cuales obedece teniendo la convicción clara y perfecta de que procede como un miserable dejándose arrastrar por tales impulsos. Esto me ha ocurrido, lo cual no atenúa en nada mi responsabilidad ni mi culpa.

Al día siguiente, no por la mañana como quería Anie, sino por la tarde, luego que Sixto se vió libre, partieron él y Anie en carruaje para Ourteau, adonde llegaron al anochecer. Barincq, que volvía en aquel mismo momento á su casa, llegó justamente á tiempo para dar la mano á su hija al bajar ésta del carruaje que los había conducido.

— ¡Qué sorpresa tan agradable!, dijo Barincq besando tiernamente á su hija. ¿Qué os trae por acá?

— Vamos á decírtelo así que esté mamá para oírlo.

— Pero, en fin, estáis buenos, eso es lo esencial, y vais á comer con nosotros. Manuel, vete inmediatamente á la cocina y di que los señoritos comen con nosotros. Precisamente he reservado esta mañana un hermosísimo salmón para enviároslo.

Barincq había dado el brazo á su hija.

— Y el negocio que os trae ¿no se puede explicar sino delante de tu madre?

— Creo que es lo mejor.

— Entonces, vamos á buscarla en seguida.

Ambos entraron en el salón donde se hallaba la señora de Barincq, cortando á la luz de la lámpara con una plegadera las hojas de una revista que seguramente no leería nunca, pero á la cual estaba suscrita porque le parecía esto muy propio de una propietaria de un castillo.

— Anie, dijo Barincq al entrar, tiene que decirnos algo importante.

Ya no era posible retroceder; Anie, pues, comenzó sin detenerse:

— Sí; un contratiempo que anoche ocurrió á mi marido.

— ¡Un contratiempo!, dijeron simultáneamente los esposos Barincq.

— Sí; en una reunión en casa de Arjuzanx le comprometieron á que jugase y perdió...

— Sesenta y cinco mil francos, dijo Sixto terminando la frase de Anie.

— ¡Sesenta y cinco mil francos!, gritó la señora de Barincq, de cuyas manos cayeron al suelo la revista y la plegadera.

— Que venimos á pedirte, papá, dijo Anie mirando á su padre.

— Sí, respondió Barincq en tono franco y sencillo; vosotros no podéis pagar esa cantidad.

— Y las deudas de juego, dijo Anie, se pagan á las veinticuatro horas.

— Es verdad.

Desde que se verificó el matrimonio de Sixto y de Anie, la señora de Barincq, al ser testigo de la felicidad de su hija, habíase dulcificado mucho con respecto á su yerno, al cual solamente llamaba la buena señora «querido Valentín, mi buen yerno y hasta mi hijo;» pero la pérdida de sesenta y cinco mil francos la trastornó.

— ¿Cómo, señor mío, gritó, usted se permite perder sesenta y cinco mil francos?

— ¡Ay! Sí, mamá.

— Y ¿cómo ha perdido usted esos sesenta y cinco mil francos?

— El cómo importa poco, interrumpió Anie.

— Al contrario, importa muchísimo. ¿Conque es decir, que es usted jugador, caballero?

— El perder casualmente una cantidad al juego no es ser jugador, replicó Anie.

Sin contestar á su hija, la señora de Barincq se levantó, se acercó á su esposo y le dijo:

— ¡Ya lo ves! Has casado á mi hija con un jugador.

— Pero, amiga mía...

— No te dirijo censuras, no te acrimino, demasiado cruelmente pagas ahora tu culpa. ¡Pobre padre! Para ese fin tú has sacrificado á nuestra hija.

Después, volviéndose repentinamente hacia su yerno, le dijo:

— ¿Cómo no ha tenido usted la lealtad de prevenirnos de que tenía usted el vicio del juego?

— Pero, mamá, interrumpió Anie, Valentín no tiene ese vicio; hace doce años que no ha tocado una carta.

— Pero cuando la toca nos cuesta muy caro.

Barincq creyó que aquellas palabras le permitían poner término á una escena que para él era tanto más injusta, cuanto más veces se decía á sí mismo en voz baja que Sixto tenía derecho perfecto á perder lo que era suyo.

— Ahora sólo se trata de pagar, dijo.

Pero su mujer no se dejó atajar la palabra.

— No trato de acriminar á Sixto, replicó; pero vuelvo á decir que cuando un hombre trata de formar parte de una familia, debe en conciencia confesar sus vicios...

— Pero, mamá, Valentín no tiene vicios.

— Tal vez será virtud eso de jugar. Pues sigo creyendo y diré siempre que cuando un hombre logra la fortuna inesperada..., sí, señor, inesperada por muchos conceptos, de ser escogido por una señorita perfecta y de entrar en una familia... en una familia también perfecta, debe considerarse suficientemente honrado y suficientemente dichoso para no buscar distracciones fuera de casa...

En tanto que la señora de Barincq decía todo esto con vehemencia extraordinaria, Anie miraba á su marido, que inmóvil, sereno al parecer, pero muy pálido, no decía una palabra; Anie, interrumpiendo á su madre, dijo á Sixto:

- Vámonos.

Pero el padre la detuvo cogiendo su mano.

- No hay razón alguna para que tu madre diga lo que dice, ni la hay tampoco para que os marchéis. En estas circunstancias solamente hay que hacer una cosa: pagar. En esto, sólo en esto hemos de ocuparnos ahora.

- Y ¿dónde está el dinero?, preguntó la señora de Barincq.

- No lo tengo, pero lo encontraré. Sixto, hijo mío, acompáñame a casa de Revenacq. Tú, Anie, quédate con tu madre y procura que atienda a razones.

- Necesito hablarte, gritó la señora de Barincq indicando a su marido que la siguiese.

- ¡Y nada has dicho del testamento!, exclamó Anie arrojándose a los brazos de su marido cuando los padres salieron de la habitación. ¡Ah, querido Sixto! ¡Amado Sixto!!

- Precisamente el testamento ha sido lo que ha sellado mis labios. Además, cuando tu madre me decía que un marido que tiene la suerte de encontrar mujer como tú no debe buscar distracciones fuera de su casa tenía razón mil veces.

- Eres un ángel.

VII

Barincq no tenía, para dárselo a Sixto, sesenta y cinco mil francos en su caja ni en casa de su banquero, ¡qué había de tener! No disponía siquiera de diez mil, ni aun de cinco mil.

Todo el metálico y todos los valores que existían en la herencia de Gastón habían sido empleados en transformar la tierra de Ourteau; en hacer desmontes, levantar almacenes y establos, comprar máquinas, adquirir ganado vacuno y de cerda. Tanto era así, que Barincq, para hacer frente a los gastos ocasionados por la boda de su hija necesitó recurrir a un empréstito.

Pero esta circunstancia no le inquietaba; la realidad había justificado todas las previsiones del padre de Anie; ni uno solo de sus cálculos resultó equivocado; no habían de transcurrir muchos años para que su posesión transformada diese todos los resultados que Barincq se había prometido de aquella transformación y aun muy superiores a los que él calculaba: era aquella una fortuna cierta y tan fácil de manejar que, para el caso de que Barincq faltase, Anie y Sixto no tendrían que hacer más sino confiar la administración a un hombre honrado para que continuase por muchos años dándoles la misma renta.

Sin embargo, aun hallándose asegurado el porvenir, el presente no dejaba de ofrecer dificultades; y cuando, en medio de los ahogos del momento contra los cuales necesitaba luchar Barincq diariamente, sobrevenía una petición de más de sesenta mil francos que era necesario pagar en plazo angustioso de pocas horas, no había medio de realizarlo sin apelar a otro empréstito.

Esto fué lo que explicó leal y sinceramente a su yerno el padre de Anie mientras se dirigían a casa del notario; y como Sixto, avergonzado y confuso, manifestase la pena que le causaba haber ocasionado tal molestia y tanta perturbación en la vida reposada y tranquila del anciano, éste no consintió que el asunto fuese colocado en ese terreno.

- Te he dicho ya, hijo mío, que te considero como copropietario de la herencia de Gastón. Cuando te dije aquello no te lo dije por decir; no fué aquella una promesa vaga, hecha en la esperanza de que no sería necesario cumplirla. No necesito ni quiero tus excusas. Diré más: si lo sucedido me disgusta por lo que os perjudica a vosotros, casi no me desconsuela porque me ha permitido demostrarte la sinceridad de mis palabras.

- No tenía yo necesidad de esta prueba.

- Lo sé. Pero, ya que las cosas han venido rodadas de este modo, vale más que ambos las miremos desde ese punto de vista y no pensar sino en la mayor intimidad que este incidente determinará entre nosotros.

- Querido padre, es usted demasiado bueno para mí, demasiado indulgente.

- ¡Quién es capaz de medir la fuerza del impulso a que has obedecido!

Barincq medía, no obstante, y le medía perfectamente, aquel impulso, en el cual vio un fenómeno de herencia. Pues qué, ¿no había sido Gastón más de una vez víctima de aquella embriaguez del juego, siendo así que por lo general y en casi todos los asuntos de la vida procedía con serenidad, con calma y era perfectamente dueño de sí mismo? ¿Qué de extraño había en que Sixto se hubiese dejado arrastrar por aquella pasión? ¡Bienhaya quien a lo suyo se parece! El hijo semejaba al padre hasta en esto. Si se consideraba como un bien que Sixto se pareciese en muchas cosas a Gastón, era necesario aceptar el parecido completo, lo mismo para lo malo que para lo bueno, lo mismo para los defectos que para las excelencias. De todas maneras, algo había de afortunado en este contratiempo: el hecho de que hubiese sobrevenido antes de que Sixto descubriese el testamento de Gastón. ¿Qué habría sucedido y hasta qué extremo se habría dejado arrastrar el joven si se hubiese engolfado en aquella malhadada partida algunos meses, algunas semanas o algunos días después, enterado ya de que era el único heredero de la fortuna de Gastón y no contenido por el temor de que había de pedir la cantidad perdida? Mientras que ahora, en las circunstancias presentes, aquella pérdida podía y aun debía - a juicio de Barincq - ser provechosa lección para el futuro, por aquello de que el gato escaldado del agua fría huye; Sixto guardaría memoria de aquel disgusto.

Revenacq no tenía los sesenta y cinco mil francos en su casa; pero prometió entregarlos en la mañana del día siguiente en Bayona; sólo que el empréstito, dado lo apremiante del plazo, no podía negociarse con el Banco hipotecario en condiciones moderadas, sino con un prestamista duro, que se aprovecharía de las circunstancias para exigir un interés de cinco por ciento, primera hipoteca sobre todas las tierras de Ourteau, no solamente por la cantidad de sesenta y cinco mil francos, sino por ésta y por todas las prestadas anteriores, es decir, por ciento diez mil francos, para ser el solo y único acreedor.

Como no era posible esperar, fué necesario someterse. Al regresar Sixto volvió a sus lamentaciones por haber envuelto a su suegro en tan desagradable negocio.

- Permítame usted decirle que considero el sacrificio que le impongo como un préstamo para cuya devolución quiero que se disminuya en diez mil francos anuales la pensión que usted nos tiene señalada.

- No lo has pensado bien, hijo mío.

- Al contrario, no pienso en otra cosa; estoy seguro de que Anie unirá a los míos sus ruegos para que se arregle todo de esa manera: esta supresión no ha de ocasionarnos grandes privaciones y será para mí una lección merecida y provechosa.

- No hablemos de eso.

- Suplico a usted que me permita hablar.

- No, no y mil veces no. Sí, comprendo perfectamente las razones que te obligan a proponerme eso; estimo tu delicadeza en lo mucho que vale, créeme; esa es la respuesta que das a lo que mi mujer te ha dicho hace poco. Me hago cargo de que sus palabras te han herido, te han mortificado. Pero si persistieses en tu empeño, demostrarías un rencor incompatible con un carácter noble, como



- ¿Cómo siempre lo mismo?

es el tuyo. Ya ves, amigo mío, cuando se trata de personas entradas en años es preciso que se las juzgue teniendo en cuenta siempre lo que han padecido, y tú sabes que en lo que respecta a dinero la vida de mi pobre esposa no ha sido sino un martirio prolongado.

- Aseguro a usted que no guardo rencor a la señora de Barincq; tenía razón sobrada en cuanto me ha dicho.

- Lo cual no obsta para que hubiera hecho mejor en no decirlo, supuesto que para nada servía.

Aunque en realidad Sixto no guardaba rencor a su suegra, no desistió en modo alguno de reembolsar al Sr. Barincq sus sesenta y cinco mil francos por medio del descuento de la pensión señalada. Así se lo explicó a su mujer aquella misma noche al entrar en Bayona.

- Aunque fueses, en efecto, el marido pobre de la señorita Barincq rica, me parecerían exagerados tus escrúpulos; ya comprendes que no puedo participar de los escrúpulos del marido rico, que se ha casado con una muchacha pobre y que no tendría más que pronunciar una palabra para tomar lo que se molesta en pedir. En fin, basta que tengas empeño en devolver esa renta para que yo lo tenga también. Ten por seguro que el gastar diez mil francos de más ó de menos al año es para mí absolutamente lo mismo; ya nos arreglaremos para economizar eso.

Al entrar en casa halló Sixto una carta del barón, recibida durante la ausencia de los dos esposos; la leyó y se la entregó a Anie para que también la leyera. Decía lo siguiente:

»Querido compañero: Parto para París, de donde no regresaré lo menos en ocho días; no te apures por mí para nada; tómate el tiempo que necesites, estos ocho días ó los que quieras. Tuyo

»D' ARJUZANX.»

- Ya ves, dijo Sixto.

- ¿Qué?

- Que Arjuzanx no es lo que crees.

- Sí, veo que ese amigo ha jugado contra ti y ha jugado fuerte cuando vió que estabas de malas.

- Hombre, en su lugar cualquier jugador habría hecho lo mismo.

- Bueno: eso quiere decir que hay que tratarle como jugador, no como amigo.

VIII

Cuando se expresó de este modo tenía Anie segunda intención, la de que aquellos sesenta y cinco mil francos fuesen remitidos a Arjuzanx el mismo día que el barón regresara a Biarritz. Pero a Sixto no pareció bien este procedimiento.

- Arjuzanx prestándome veinticinco mil francos procedió como amigo, decía Sixto a su esposa; en este concepto le debo consideraciones, a las que faltaría remitiéndole con un criado su dinero.

A esto no podía replicarse; todo lo que Anie pudo lograr de su marido fué que en vez de ir a Biarritz por la noche, fuese por la tarde, antes de comer, lo cual haría que la visita fuese más corta.

No eran todavía las cinco cuando Sixto llegó a casa de Arjuzanx, a quien encontró jugando al *ecarté* con uno de los rusos que habían comido con él ocho días antes; dos de los convidados a la misma comida estaban sentados cerca de ellos.

Hasta que Arjuzanx se levantó no pudo Sixto llevárselo aparte a una habitación contigua; una vez allí, le dijo:

- He venido a traerte lo que te debo.

Y uniendo á las palabras la acción, dejó encima de la mesa varios fajos de billetes que había sacado de su cartera.

— ¿Qué viene á ser todo esto?, preguntó Arjuzanx.

— Los sesenta y cinco mil francos que te debo.

— No me debes más que veinticinco mil que te presté.

— Eso es; y además cuarenta mil que me ganaste.

Arjuzanx tomó tres de aquellos paquetes; dos grandes y uno pequeño, guardó los veinticinco mil francos en el bolsillo de su americana, y después, rechazando los otros fajos, dijo á Sixto:

— Recoge eso.

El capitán lo miró asombrado.

— ¿Has podido figurarte, dijo el barón, que aceptaría yo esos cuarenta mil francos?

— Me los ganaste.

— Hice muy mal. El demonio del juego perturbó mi conciencia. Me dejé arrastrar por el vértigo de la ganancia, como te dejaste arrastrar tú por el de la pérdida. Pero cuando recobré la razón, me reconvine á mí mismo por aquellos minutos de extravío.

— No puedes, sin embargo, hacerme un regalo que yo no aceptaría.

— No pienso en tal cosa; pero puedes ganar lo que perdiste y quedamos en paz. Así lo hicimos, no lo habrás olvidado, cuando en el colegio te gané ciento veinte francos, para reunir los cuales habrías tenido más dificultad entonces que la que te ofrecía ahora reunir esos cuarenta mil francos. Entonces fuimos al desquite. Hagamos ahora lo mismo.

— Es imposible.

— ¿Por qué?

— Porque...

Arjuzanx atajó á Sixto la palabra, diciendo:

— Ya sabes que soy testarudo; se me ha metido en la cabeza que no he de tomar tu dinero y no lo tomaré.

Y al decir esto Arjuzanx volvió al salón dejando solo á Sixto en aquella estancia.

Colocada la cuestión en aquel terreno, no había posibilidad de continuar disputando; el capitán recogió los billetes, los colocó inmediatamente en su cartera y fué á reunirse con su amigo Arjuzanx muy decidido á enviarle aquellos cuarenta mil francos en un talón del Banco.

Mientras Sixto y Arjuzanx hablaban iban llegando algunos amigos de los que habían asistido á la comida anterior, entre ellos el Sr. de la Vigne: la partida continuaba.

Durante algunos minutos Sixto permaneció de pie cerca de la mesa de juego mirando distraído y como sin verlos á los jugadores y frente á frente de Arjuzanx, que también de pie miraba el juego; Sixto dió un paso atrás con el propósito de retirarse discretamente; pero en aquel momento mismo, Arjuzanx, que había visto el movimiento y adivinado la intención, dijo al capitán:

— ¿Quieres jugar contra mí veinticinco luises?

Sixto vaciló durante dos segundos; principiaba á la sazón otra partida; los jugadores iban á levantar su carta, que acababa de darles; á Sixto le pareció entonces que todas las miradas se fijaban en él para preguntarle.

— ¿Por qué no?, contestó.

En realidad, ¿por qué no había de aceptar el desquite que Arjuzanx le ofrecía? Quinientos francos, puesto caso de que los perdiese, no le ponían en grave apuro; si los ganaba eran ya un comienzo de devolución; unas cuantas jugadas con fortuna disminuirían tal vez el número de meses de privaciones que debía imponerse Anie.

Sixto perdió.

— ¿Doblamos?, preguntó Arjuzanx.

— Doblemos.

Sixto volvió á perder.

Quinientos francos no tenían gran importancia, pero mil ya tenían alguna; era preciso, por consiguiente, ver de recuperarlos.

— ¿Continuamos?, preguntó Sixto.

— Con mucho gusto, respondió Arjuzanx.

— Sixto va á cegarse, dijo la Vigne á un amigo que tenía cerca.

— Ya lo está.

Efectivamente, para quien tuviese algún conocimiento de los jugadores, era muy fácil observar los cambios evidentes que de un momento á otro se verificaban en la fisonomía del joven; al principio, cuando Arjuzanx se había dirigido á él proponiéndole jugar veinticinco luises, Sixto se había ruborizado como presa de lo que denomina el vulgo la negra honrilla; después se tornó repentinamente pálido al responder «¿por qué no?» ahora aquella palidez había aumentado, los labios de Sixto se movían nerviosamente, sus manos estaban agitadas por invencible temblor; inclinado hacia la mesa parecía como si con los ojos tomase las cartas de las manos del que tenía la baraja y las echase él mismo, imitando, sin advertirlo, al jugador que inconscientemente mueve la cabeza, los hombros, los brazos, todo el cuerpo, siguiendo el movimiento de la bola de la ruleta.

Las cartas, sin embargo, no quisieron obedecer á aquella sugestión magnética; por tercera vez fueron contrarias á Sixto.

Era evidente que la suerte había de cambiar.

— ¿Seguimos?, preguntó.

— ¡Pues no que no!, respondió Arjuzanx.

Aquella vez le tocó ganar á Sixto.

Hallándose en su juicio el joven debió detenerse entonces; dándose por contento de salir bien librado; ¿pero qué jugador escucha los consejos de la prudencia cuando le sonríe y le es propicia la fortuna? Si la suerte se acerca, ¿no será una locura rechazarla?

— ¿Continuamos?, preguntó Sixto.

— Como quieras.

— ¿Cien luises?

— Todo lo que gustes.

Sixto ganó otra vez.

Decididamente estaba de vena; unos cuantos golpes en ese camino y podría devolver á su suegro el dinero que tanto trabajo le había costado pedirle.

— ¿Doblamos?, preguntó.

— Desde luego, contestó Arjuzanx.

A la palidez de Sixto había reemplazado un color rojo producido por oleadas

de sangre que subían desde el corazón á las mejillas y á la frente; respiraba con más fuerza y ya no temblaban sus manos.

Todos habían formado círculo alrededor de Arjuzanx y Sixto; todos prestaban más atención á este duelo que á la partida misma; partida que resultaba insignificante comparándola con la lucha de los dos amigos.

— Aunque el barón se hubiese propuesto perder adrede no se conduciría de otro modo, dijo la Vigne al compañero que tenía á su lado.

— ¿Qué dice usted?

Quisiéralo ó no, la verdad del caso es que Arjuzanx continuó perdiendo.

— Empiezo á sospechar que has firmado pacto con la Fortuna, dijo el barón á Sixto.

En aquel momento se presentó en la sala un criado.

— Por supuesto, dijo Arjuzanx, dirigiéndose al mismo tiempo á la Vigne y á Sixto, ustedes se quedan á comer.

Ambos trataron de rehusar.

— Sixto, persuade á la Vigne con tu ejemplo; y usted, Sr. de la Vigne, conzenna usted á Sixto con el suyo.

Se insistió y se tornó á insistir por una y por otra parte.

Arjuzanx cortó la discusión abriendo un escritorio portátil y diciendo:

— Ahí tienen ustedes recado de escribir, pongan ustedes sendos telegramas y serán llevados inmediatamente á las oficinas.

Ya el Sr. de la Vigne estaba escribiendo; cuando dejó el puesto fué reemplazado por el capitán, que escribió:

«Me quedo á comer con la Vigne; hasta la noche. — VALENTÍN.»

Cuando entregaba el despacho á su amigo Arjuzanx le dijo éste:

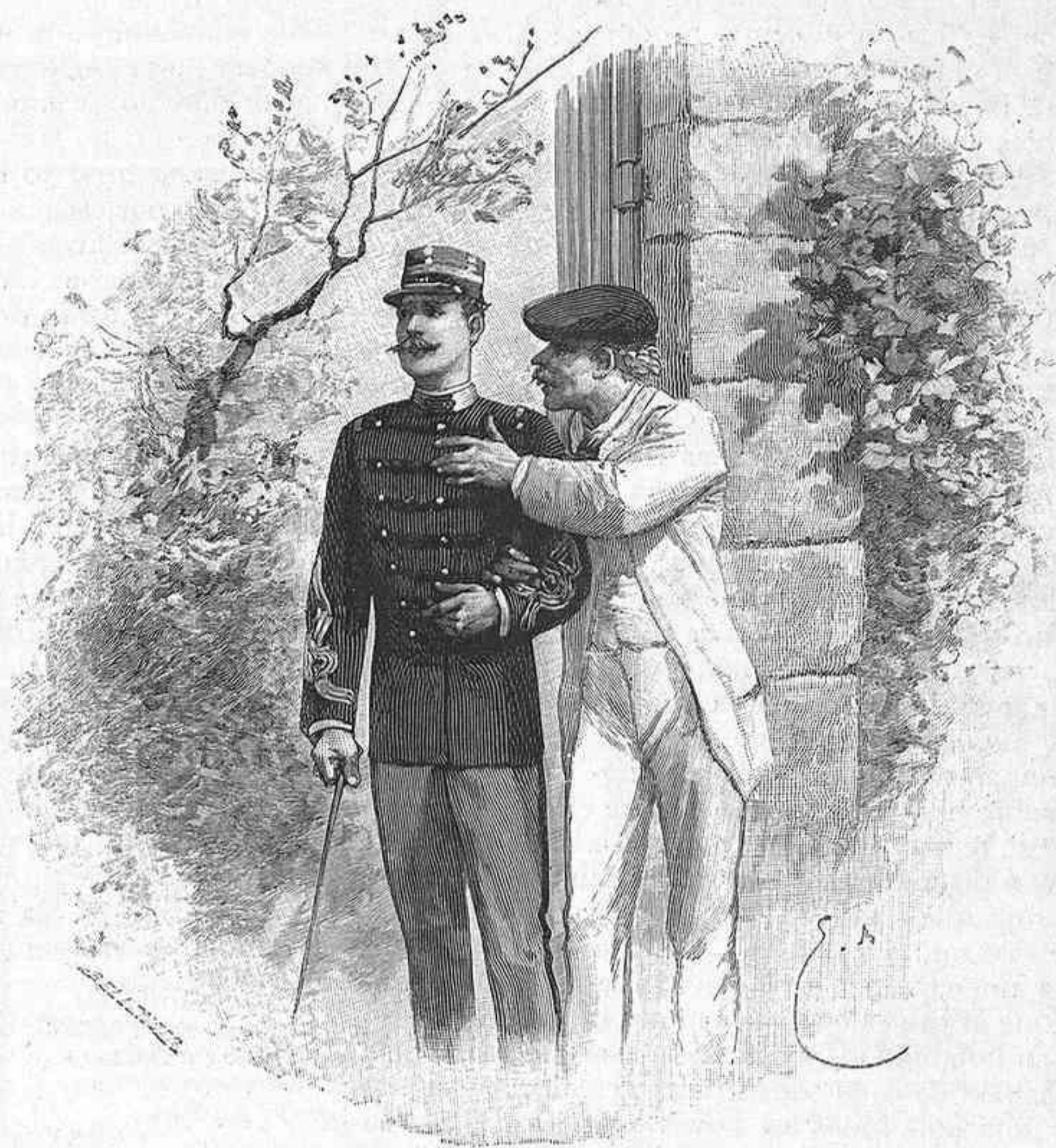
— ¿Te convences ahora de que negándome á recibir tu dinero presentía yo de que te desquitarías pronto? Esto parece la continuación de nuestra famosa partida de Pau.

Aquella insistencia impresionó á Sixto: ¿qué razón tenía Arjuzanx para obstinarse con tan poco disimulo en empujarle al juego?

Sixto fluctuaba entre estas dos hipótesis: acaso Arjuzanx deseaba ocasionarle nuevas pérdidas; tal vez avergonzado por su ganancia, solamente buscaba ocasiones de perderla.

Así había procedido cuando muchacho en el colegio; ¿por qué ahora no había de conducirse del mismo modo? Nada se veía en el barón que permitiera suponerle convertido en avaro, duro al ganar y dispuesto á hacer uso de medios desleales con respecto á un camarada. ¿No había reconocido y confesado él mismo que hizo mal dejándose vencer por aquella especie de vértigo que le impulsaba á jugar fuerte contra un amigo que estaba de malas?

Esto no obstante, y á pesar de cuanto él mismo se decía, Sixto no dejó un solo instante, en toda la comida, de lamentar no haber regresado á Bayona; parecía insubstancial y vana la conversación de sus compañeros de mesa. Seguro estaba el marido de Anie de que aquel comedor no le vería mucho entre sus concurrentes. ¡Ah! Como tuviese la fortuna de aprovechar aquella velada para recobrar una parte de lo que tan estúpidamente había perdido ocho días antes, aquella velada sería la última que Sixto pasaba en casa de su amigo Arjuzanx. ¡Pues no faltaba más! Había vivido completamente retirado cuando era soltero, y ahora que poseía un hogar delicioso, una mujer joven, hermosa, de talento, adorada, ¿podría abandonar todo eso por estas reuniones estúpidas, insoportables?



— Te he dicho ya, hijo mío, que te considero como copropietario de la herencia de Gastón

Aunque Sixto tenía muy poca experiencia en asuntos de juego, sabía, por haberlo oído decir á personas entendidas, que para el jugador tiene mucha importancia la severidad y la continencia en el régimen de vida; cuando el hombre se halla congestionado por una digestión laboriosa, cuando se ha excitado por repetidas libaciones, suele no ser dueño de sí mismo, y llegado el momento de un golpe decisivo carece de serenidad en los juicios y le falta la calma en las resoluciones.

(Continuará)

Sección Científica

LAS BOYAS ELÉCTRICAS DEL PUERTO DE NUEVA YORK

Acaba de hacerse en los Estados Unidos una interesante aplicación de las boyas eléctricas que han sido colocadas por el Light-House Board en uno de

Y ya que nos ocupamos de los cables; no creemos ocioso hacer algunas indicaciones respecto de los cables defendidos por una sencilla envoltura. Precisa examinarlos de vez en cuando para corregir las averías que en ellos ocasionan las anclas de los buques ó por las dragas que determinan nudos cual los que se forman en las cuerdas de cáñamo. De ahí que se produzca la fractura de la cubierta protectora y en su consecuencia circuitos y extinciones. Ha sido, pues, preciso proteger los cables por una doble cubierta de mucha consistencia, envolviendo el todo de un compuesto asfáltico, residuos bituminosos de petróleo disueltos en sulfuro de carbono.

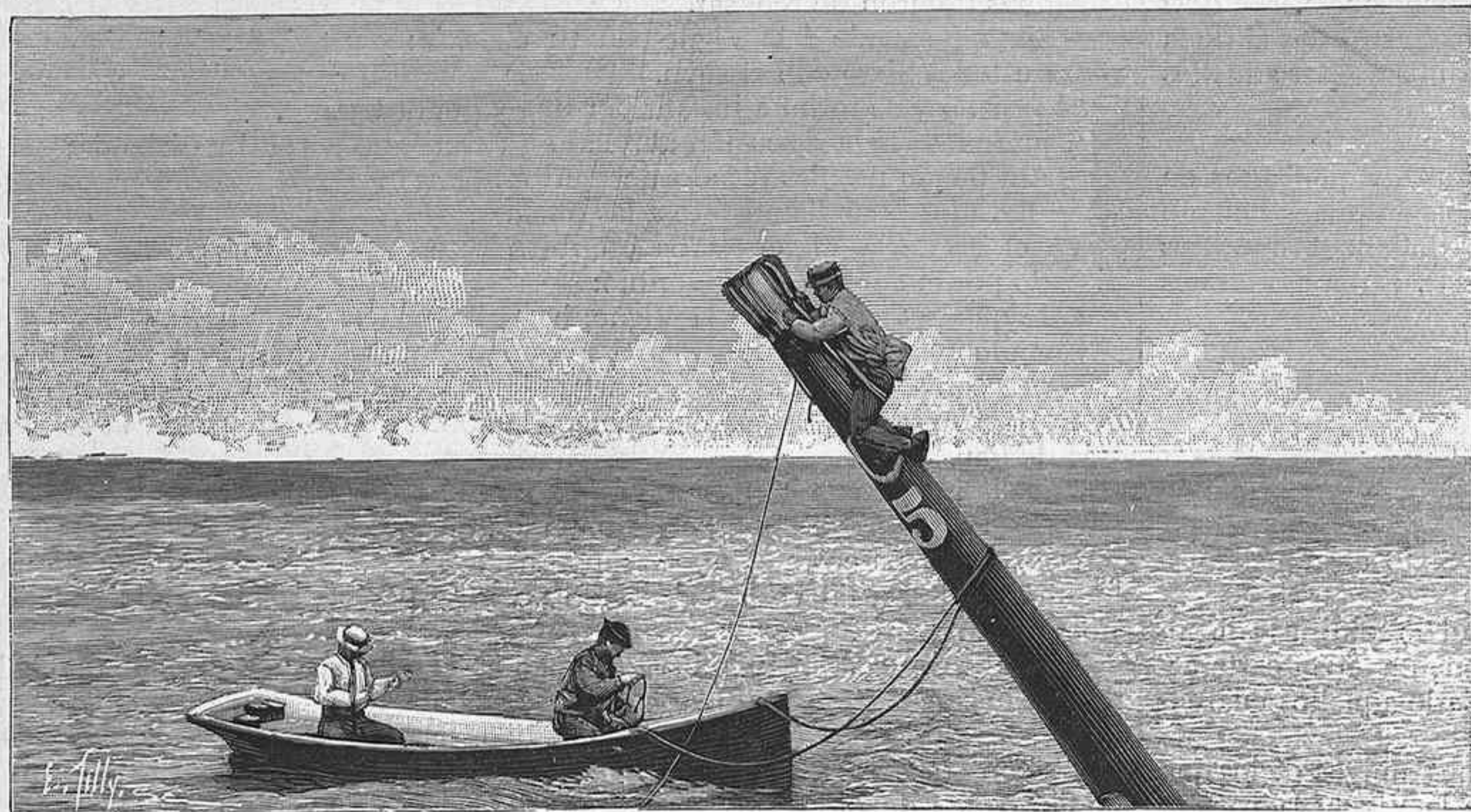


Fig. 1. Boya eléctrica del puerto de Nueva York. Montaje de una lámpara

los canales de entrada del puerto de Nueva York. La utilidad de esta clase de boyas es incontestable, especialmente en las regiones brumosas; mas es empresa en extremo dificultosa y delicada, ya por los cuidados que exige su colocación, la seguridad de los cables y la duración de las lámparas, expuestas, como es consiguiente, á los violentos choques de los témpanos de hielo y á los bruscos enfriamientos. La punta de Sandy Hook, en donde se ha instalado un faro y un aparato de señales de alarma, ha sido convertida en el centro productor de la corriente que se transmite á siete boyas, de las cuales cuatro son rojas y tres blancas: seis de ellas están dispuestas para indicar la dirección del *Gedney Channel* y la restante para la del *South West Spit*. Conforme vamos á demostrar, la instalación ha sido bastante complicada.

Las boyas de que se trata son flotantes, y como quiera que en el sitio donde se hallan instaladas no existe gran fondo, inclínanse algunas veces en la forma que representa la figura 1. Afectan la forma de un largo cilindro de madera de cedro (fig. 2), habiéndose adoptado esta clase de madera no sólo porque es la más á propósito para resistir los choques de los buques, sino también porque es la que mejor flota y permite sostener las lámparas á la mayor altura posible sobre el nivel del agua. Desde el puente de un buque de regular tonelaje distínguese la luz blanca de la boya á distancia de cinco millas náuticas; cuanto á la luz roja, que como se sabe tiene menos fuerza, vese desde dos millas y media. Cada una de estas boyas mide quince metros de longitud: habiéndose observado que al cabo de los seis meses pierden gran parte de su flotabilidad, se las reemplaza ó sustituye á la terminación de cada semestre. No creemos necesario hacer notar que todas las boyas están sujetas por su parte inferior por medio de un disco de metal cuyo peso es equivalente á 2.268 kilogramos. Una profunda entalladura practicada en el mástil permite alojar el cable que termina en la lámpara, entalladura cuidadosamente tapada y calafateada. Respecto del cable interior hállase unido al exterior de modo que pueda evitar los desperfectos ocasionados por las rozaduras. Las boyas del *Gedney Channel* están dispuestas por series de tres, de manera que los tres cables de las boyas rojas, por ejemplo, se unen en una caja de unión sumergida cerca de la última, desde donde van á parar á la instalación central de Sandy Hook.

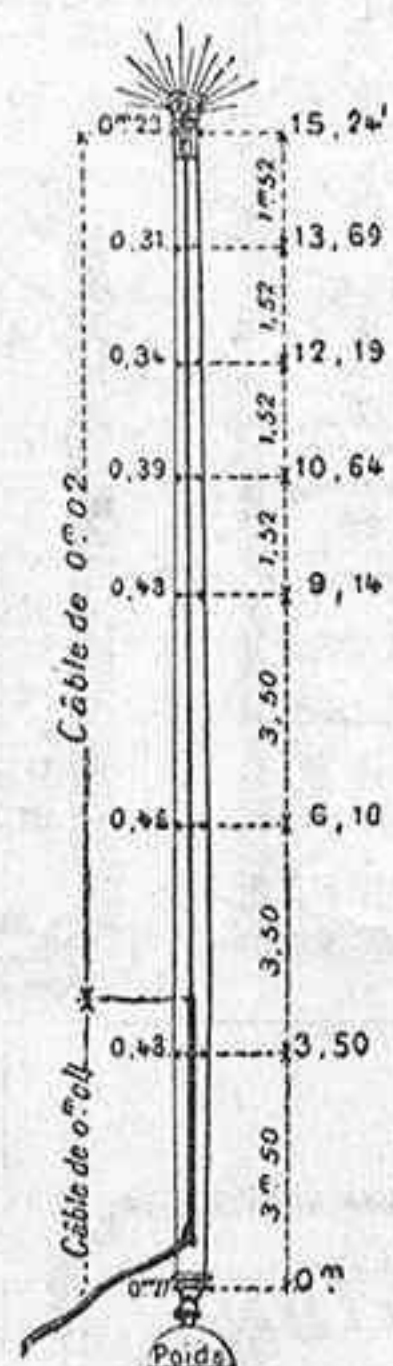


Fig. 2. Detalle de la boya eléctrica.

Delicada empresa ha sido la de la elección de las lámparas incandescentes que debían emplearse, con mayor motivo cuando ha debido renunciarse á las lámparas de arco. Al empezar el servicio, ó sea en un período que abraza desde noviembre de 1888 hasta septiembre de 1891, empleóse el tipo comercial ordinario de las lámparas de cien bujías; pero la temperatura que se desarrollaba era tan elevada, que á los veinte minutos de funcionar calentábase el cristal de tal manera que no era posible tocarlo, y en invierno el agua helada al mojarlo producía la rotura, á pesar de la tela metálica protectora. Fué preciso adoptar la lámpara de 127 milímetros, que alumbraba más y es de mayor duración, conforme lo demuestra el hecho de que durante ocho meses de invierno sólo han debido reemplazarse 29 ó 30 lámparas, una de las cuales ha alumbrado por espacio de 2.407 horas en las condiciones más desfavorables. Para evitar el inconveniente de las heladas se ha recurrido al medio de hacer funcionar la dinamo de Sandy Hook antes de ponerse el sol, con cuyo procedimiento se consigue que se funda el hielo que se forma en invierno en las lámparas.

La estación generatriz posee dos máquinas de cilindro vertical que desarrollan una fuerza de ocho á diez caballos, y dos dinamos Edison que producen respectivamente 165 volts y 29 amperes, de los que absorben las boyas y el faro de Sandy Hook 156 volts y 29 amperes. El cable triple sumergido mide 8 kilómetros y otros 8 kilómetros el conductor sencillo.

Al efectuarse los primeros ensayos de este sistema de boyas surgieron dudas acerca de su importancia. Hoy todos se felicitan de los lisonjeros resultados obtenidos. La prueba más convincente de la eficacia y buenos servicios que prestan estas boyas demuestra el considerable número de buques que frecuentan el canal, tanto de día como de noche.

Es una nueva ventaja que deben todos agradecer á la electricidad.

DANIEL BELLET

(De *La Nature*)

* *

EL DUQUE DE UZÉS

La triste noticia del fallecimiento del duque de Uzés, que había emprendido un importante viaje de exploración en el territorio africano, ha impresionado dolorosamente. Con verdadero interés, no exento de simpatía, fijábase el público en el joven explorador que prefirió arrostrar los peligros que había de ofrecerle un viaje de tal índole y la gloria que reportan los descubrimientos, á las comodidades de que podía disfrutar en París, gracias á su jerarquía y po-

sición. El misterio que envuelve tantas regiones del continente africano fué causa para que M. de Uzés, animado de nobles propósitos, lo escogiera para la realización de su atrevida empresa. Al efecto, organizó la expedición, tomando á Brazzaville como punto de partida; pero la insurrección de los árabes contra el nuevo Estado del Congo obligó á retroceder, ante la imposibilidad de franquear la ruta que había de conducirlo á los grandes lagos. A esta circunstancia se debe que el jefe de la expedición ofreciera su apoyo y el de sus compañeros al agente francés del Alto Oubangui, para castigar á los asesinos del explorador M. de Poumayrac. La campaña fué dura y penosa, y el duque de Uzés, ya atacado de una afección especial que cubre las piernas de dolorosísimas úlceras, vióse obligado á retirarse. Ya en Abidas la disenteria atacó á la mayor parte de los expedicionarios, y M. Jullien, uno de los compañeros del duque, en un lastimoso estado de extenuación, dirigióse hacia la costa para recobrar algunas fuerzas y reembarcarse para su país. A los pocos días se recrudeció la enfermedad que afligía á M. Uzés, quien emprendió el camino de Loango para embarcarse allí en un buque portugués. La muerte sorprendió al valeroso joven, que apenas contaba veinticuatro años, precisamente la víspera de embarcarse para su país, en donde el clima natal y los cuidados de su familia hubieran, quizás, determinado el restablecimiento de su salud.

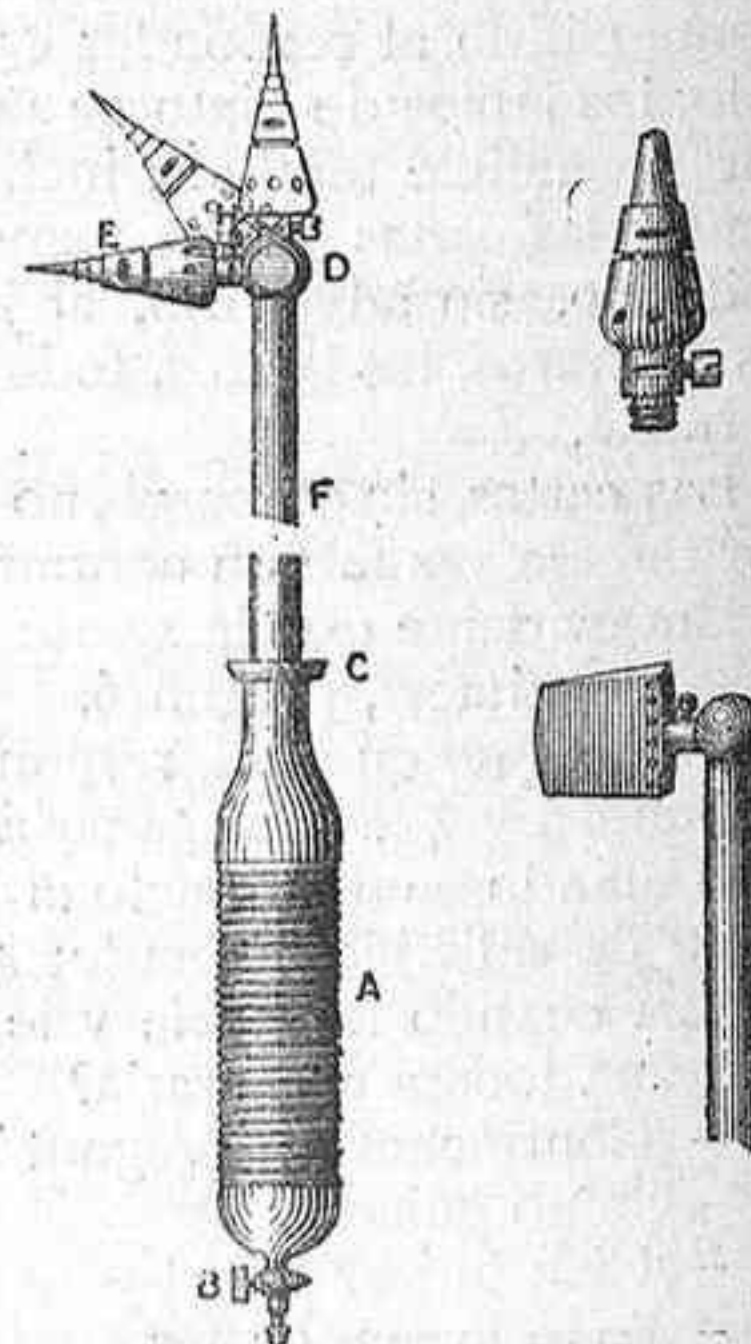
* *

ZOO-CAUTERIO PARA LA CIRUGÍA VETERINARIA

Es generalmente conocido el termo-cauterio Paquelín, destinado hoy para las aplicaciones de las puntas de fuego. Mas vistos los inconvenientes que algunas veces ofrece, á pesar de su indiscutible importancia, hasta el extremo de convertirlo en delicado y peligroso, propúsose M. Brenot perfeccionarlo de manera que pudiera adoptarse especialmente para las aplicaciones de la cirugía veterinaria. En el instrumento del doctor Paquelín, una corriente de aire á través de la bencina contenida en un frasco se carboniza, trasladándose á una punta de platino, que se somete á la acción de una lámpara de alcohol. Arde el vapor de la bencina y la incandescencia se mantiene indefinidamente por medio de la corriente de aire, que se precipita ó modera á voluntad del operador. Estas operaciones resultan perfectas cuando se practican con absoluta tranquilidad en un gabinete; pero preciso es tener en cuenta que los veterinarios vense obligados, casi siempre, á operar en una granja, en una cuadra ó en un patio, al aire libre y con la circunstancia agravante de tener que ajustarse á todos los movimientos del caballo sometido á tal tortura; resultando, por lo tanto, difícil el empleo del instrumento.

El aparato que conviene, pues, aplicar debe constar de una sola pieza, dotado además de un medio que permita calentarlo automáticamente, sin el auxilio de la lámpara de alcohol. He aquí cómo el citado M. Brenot ha resuelto el problema. El instrumento compónese de un mango carburador A (véase el grabado) sobre el que se atornilla una pequeña cubeta C, á la que sigue el tubo F del instrumento, que termina en una rosca que sujeta la punta E. El tubo de entrada, provisto de una llave B, se bifurca al entrar en el mango, atravesando uno de sus conductos la sección A, y termina en el punto F, adonde conduce el aire. Cuanto al otro, se abre en la referida sección A, conduciendo el aire, que al recorrer por toda su longitud cárgase de vapores al pasar por unas esponjas empapadas de esencia que se hallan colocadas en el mango del instrumento. Las dos corrientes se reúnen en el punto F y se dirigen unidas á la punta del aparato.

La calefacción se practica sencillamente, bastando para lograrla hacer maniobrar el tornillo H que cierra un conducto lateral que termina en la pieza E, provista de los tubos necesarios, de modo que el aire carburado, inflamado por tal medio, quema la punta



Nuevo zoo-cauterio de M. Brenot

exteriormente. Cuando ésta alcanza un rojo vivo, ciérrase el tornillo H, y por un mecanismo fácil de comprender, la corriente refresca la parte interior de la punta, caliéntala simultáneamente y transporta la incandescencia á su extremidad.

Es muy conveniente regular y clasificar la carburación del aire, y á este efecto presta señalados servicios el tornillo B, ya que según sea su posición abre más ó menos las dos partes del tubo bifurcado, y permite el paso del aire más ó menos carburado, hasta llegar á la saturación.

La cubeta C sirve para facilitar la carga del mango.

La punta no es la única forma de las quemaduras que se practican, puesto que en algunos casos es preciso cauterizar grandes superficies, por cuyo motivo hállase provisto el aparato de varios juegos que afectan distintas formas y dimensiones.

Bajo diversas aplicaciones de relativa utilidad préstase el nuevo aparato al fotograbado, por cuyo motivo creemos que será justamente apreciado por todos aquellos que de él pueden obtener beneficiosos resultados.

* *

IMPORTANCIA DE LA INDUSTRIA DEDICADA Á LA CONSTRUCCIÓN DE VELOCÍPEDOS

Digna es de llamar la atención la importancia y desarrollo que ha alcanzado esta modernísima industria en el breve espacio de algunos años. En Francia elevóse en 1891 el valor de los velocípedos, ya montados ó desmontados, á la respetable suma de doce millo-



Triciclo acuático y terrestre

nes de francos, reduciéndose á siete millones en el año último. En Inglaterra fabricanse anualmente 130.000 velocípedos, y Coventry ocupa en esta industria á 15.000 obreros. Calcúlase que en la vecina nación existen 300.000 velocipedistas. En 1892 la prefectura de París expidió doce mil permisos de circulación, sin que esta cifra signifique el número exacto de aparatos existentes en la capital de Francia, que se supone ascienden á 30.000. Bélgica posee también muchos millares, y en España va aumentando cada día la afición á esta clase de sport.

* *

TRICICLO ACUÁTICO Y TERRESTRE

El inventor Mr. Thore J. Olsen, de Chicago, ha proyectado y construído recientemente un sencillo triciclo que funciona á voluntad, lo mismo en tierra firme que sobre la superficie de las aguas. Nuestro grabado representa este curioso aparato, que consiste en dos barcas gemelas, íntimamente unidas y colocadas entre las tres ruedas de que se halla dotado el aparato. La manivela que hace maniobrar las ruedas desempeña el mismo oficio en tierra que en el agua, de manera que el triciclo flota ó se desliza indistintamente.

Cuando se trata de hacer funcionar el triciclo en el agua, las barcas gemelas sostienen el aparato y el velocipedista hace maniobrar las ruedas que, provistas de pequeñas paletas, convierten el aparato en un buque impulsado por igual medio que los primitivos buques de vapor.

En tierra es idéntica la acción del velocipedista: el aparato conviértese en un triciclo ordinario y las barcas quedan suspendidas á vein-
te centímetros del plano terreno. Este aparato se recomienda por su perfecta estabilidad, de manera que el inventor, que, como es de suponer, ha logrado adquirir gran práctica en su manejo, hácele funcionar seguidamente en tierra, en los lagos y en los ríos, sin tomarse la molestia de variar el sillín. La única prevención que es preciso adoptar, consiste en que la entrada en un río, lago, etc., no sea violenta, y que el triciclo se deslice por una pendiente suave y sin accidentes. Las barcas gemelas son de tela alquitranada, sumamente livianas, y el mecanismo del aparato es tan simple como práctico. Así lo afirman los revisteros americanos.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
en París
— LAIT ANTEPHELIQUE —
LA LECHE ANTEPÉLICA
para ó mezclada con agua, destipa
PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
Y todo y conserva el cutis limpio y terso
CADES et Co 24 St-Denis 18

Las Personas que conocen las
PILDORAS DE DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe de Digital de LABELONYE
contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor exito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la **G**rageas al Lactato de Hierro de **GÉLIS & CONTÉ**
Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de **BERGOTINA BONJEAN**
HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas. **6**
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — PRECIO: 12 REALES.
Escribir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

DICCIONARIO ENCICLOPEDICO
HISPANO-AMERICANO
Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas
MONTANER Y SIMON, EDITORES

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias medicas prueban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energia vital.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la **AROUND**

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

FALTA DE FUERZAS
ANEMIA CLOROSIS DEBILIDAD CONSUMCION
EL HIERRO BRAVAIS
representa exactamente el hierro contenido en la economia. Experimentado por los principales medicos del mundo, pasa inmediatamente en la sangre, no ocasiona estreñimiento, no fatiga el estómago, no ennegrece los dientes. Tómese veinte gotas en cada comida.
Elijase la Verdadera Marca.
De Venta en todas las Farmacias.
Por Mayor: 40 y 42, r. St-Lazare, Paris.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese **PILLORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

EL CASTILLO DE BURGOS, por Eduardo de Oliver-Copons. — Las ciencias históricas llevan hoy un rumbo distinto del que hasta hace pocos siglos, y abandonando el antiguo sistema des-envuélvense en monografías, en estudios parciales de una época, de una nación, de una personalidad determinadas. Nadie puede desconocer el progreso que este procedimiento significa y las ventajas que tal método entraña, pues dados los incesantes estudios y los continuos descubrimientos es imposible, si la obra ha de resultar buena, que un solo hombre escriba una historia universal, ni casi la de una nación. A este pensamiento obedece el libro que nos ocupa, y sin vacilar afirmamos que su autor, el distinguido capitán de artillería Sr. Oliver-Copons, ha llenado perfectamente la misión que el moderno historiógrafo debe proponerse. La índole de esta sección nos impide entrar en detalles acerca de esta obra, en la que la historia del castillo de Burgos aparece íntimamente enlazada con la de la ciudad que á su pie se asienta y que por su importancia durante la Edad media mereció el dictado de Cabeza de Castilla: por esta razón sólo diremos que es una monografía interesantísima que abarca la historia del castillo y ciudad famosos desde fines del siglo IX hasta nuestros días, toma-



LAS SANTAS MUJERES, bajo relieve de Rafael Belluzzi

da de las verdaderas fuentes adonde debe el historiador acudir, y que está escrita con la sobriedad que tan bien cuadra á la obra histórica y con una elegancia de estilo que revelan al literato de buena cepa. El libro, que lleva preciosas ilustraciones de Barrio, Cortés, Gil y Pedrero y que está impreso con gran lujo, se vende

Frederich Soler Hubert. — El éxito que cuando poco ha se estrenó obtuvo esta nueva obra del inspirado y fecundo dramaturgo catalán Sr. Soler, nos releva de entrar en el examen de esta tragicomedia, que publicada en un tomo elegantemente impreso se vende al precio de 2 pesetas.

en Madrid y Barcelona á 15 pesetas y á 16'50 en las restantes provincias y en Ultramar.

UNA VISITA AL MUSEO BIBLIOTECA BALAGUER, por A. García Llansó. — Cuantos visiten el hermoso Museo Biblioteca Balaguer que en la pintoresca ciudad de Villanueva y Geltrú ha levantado el desprendimiento patriótico del catalán por tantos conceptos ilustre, el Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer, han de agradecer á nuestro compañero de redacción Sr. García Llansó el trabajo que ha realizado en el folleto que nos ocupa, y que, como su título indica, es al par que una guía un interesante recuerdo de la visita hecha. En él pasa revista con ilustrado criterio de las distintas secciones de que consta el Museo Biblioteca, haciendo resaltar las muchas bellezas y los muchos objetos notables que encierra, en cuyo examen revela el autor su erudición y conocimientos artísticos. El folleto lleva bonitas ilustraciones de Joaquín Diéguez y se vende al precio de una peseta.

OR, tragicomedia en tres actos y en verso, original de

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, Paris.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

LICOR LAVILLE GOTA
del Dr. **LAVILLE** **GOTA**
REUMATISMOS
Específico probado de la **GOTA** y **REUMATISMOS**, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.
F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS
VENTA POR MENOR. — EN TODAS LAS FARMACIAS y DROGUERIAS

GRANO DE LINO TARIN
Farmacéutico, place des Petits-Pères, 9, PARIS
PREPARACION ESPECIAL para combatir con éxito ESTREÑIMIENTOS COLICOS IRRITACIONES ENFERMEDADES DEL HIGADO Y DE LA VEJIGA
Exijarse las cajas de hoja de lata Una cucharada por la mañana y otra por la tarde en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
En todas las farmacias LA CAJA : 1 FR. 30

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

MEDICACION ANALGÉSICA
Solucion y Comprimidos DE **EXALGINA** DE **BLANCARD**
JAQUECAS COREA REUMATISMOS DOLORES NEURALGICOS, DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS.
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento
CONTRA EL DOLOR
PARIS, rue Bonaparte, 40

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^o FRANCK

Querido enfermo. — Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los Intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud.**
Por mayor. en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmacéutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**